

4
184-34

ANGEL DEL ARCO.

JUANA
LA VIOLETERA.

Novela original.

Fresca. una peseta.

GRANADA.

Imprenta de El POPULAR, Hospital de Santa Ana, 30

1897.

~~Biblioteca Universitaria
GRANADA~~

~~Sala: B~~

~~Estante: 14~~

~~Numero: 884~~

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 6

Numero: 800



JUANA LA VIOLETERA.

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
GEOGRAPHY
OF THE
CITY OF BOSTON

R 17216

ANGEL DEL ARCO.

JUANA

LA VIOLETERA.

no me tan hermoso 23

NOVELA ORIGINAL.



GRANADA: 1891.
IMPRESA DE EL POPULAR.
Hospital de Sta. Ana, 12.

7734

JUANA

LA VIOLETERA.

Es propiedad del autor.

NOVELA ORIGINAL.

GRANADA: 1891.
IMPRESA DE EL POPULAR.
Hospital de Sta. Ana, 13.

Introducción.

I.

Todas las tardes se la encontraba en los paseos de la Alhambra, con su cesto de violetas á la mano, risueña y vivaracha.

No tenía entonces más de 14 años, pero sus proporciones eran bastante pronunciadas; sus mejillas, prominentes y sonrosadas como guindas á medio madurar; sus labios gruesos y rojos, como los corales de sus grandes zarcillos, y sus dientes blancos y api-

ñados como los nardos de su cesta. Su pelo negro, crespo y rebelde, caía sobre la nuca en una robusta trenza redoblada en forma de castaña; sobre su frente cobriza se agrupaban algunos rizos indomables, completando el conjunto de su persona un seno medianamente abultado y un talle bastante airoso, mal vestido por una faldilla de percal y un pañuelo de lana sobre los hombros.

Tal era Juana á los 14 años.

Su aspecto no era ni repulsivo ni simpático, y pasaba desapercibida como otras tantas vendedoras de flores que andaban de ceca en meca ofreciendo su olorosa mercancía.

Sin embargo, quien la hubiera visto entonces, no reconociera en ella á la hija de la tía Mangona, la echadora de cartas del camino del Sacro-Monte, pues cuatro años antes Juanilla era el hazme reir de los pitonillos de aquellos contornos y la más sucia y haraposa de todas las muchachas.

La tía Mangona apenas si ganaba para el sustento echando las cartas, di-

ciendo la buena-ventura y en otra porción de ocupaciones, algunas poco limpias, y dignas de hacerle padecer persecución por justicia; por ellas había logrado el apodo con que se la conocía.

Nada podía hacer en favor de la familia el tío Calambres, porque el pobre estaba baldado, por causa de unas sisiones que degeneraron en ataques paralíticos, dejándole imposibilitado de ambas piernas; así es que, desde que el sol apuntaba por la Silla del Moro hasta que trasponía por los cerros de Parapanda, el pobre viejo se pasaba diez horas mortales sentado en la entrada de la cueva, sin más pasatiempo que rasguear torpemente una mal encordada vihuela, entonando con voz vinosa polos y medios polos, *siguiriyas* y *malagueñas*.

La tía Mangona dejaba la cueva al amanecer, y no regresaba hasta la noche: si podía dejar al marcharse algo que comer, se comía; si no, se ayunaba; y es fama que en este último caso

eran más tristes los medios polos del tío Calambres.

Calcúlese cómo andaría la limpieza de la cueva y el cuidado del pobre tío Calambres, sin más asistencia que la de Juanilla, que se pasaba el día corriendo aquellos andurriales, y asaltando en el camino del Monte-santo á los canónigos y á los extranjeros, que solían darle algunas monedas, compadecidos de su miserable aspecto.

Muchas veces el tío Calambres, cuando al caer la tarde volvía Juanilla á la cueva, le decía templando la guitarra:

—Ven acá, marimacho, y *apriende á cantarte una malagueña*; no tienes ni pizca de lacha, viendo que la hija del tío Cuarentena, que es más chica que tú, canta unas soleares que da gusto de oirla, y va á las zambras de los *extrangis* y gana pa mantenerlo.

Y entonces la gitanilla, sintiendo los primeros asomos de la vergüenza, entonaba una malagueña al compás de los acordes de la vetusta vihuela, pareciendo su argentina voz un arrullo zalame-

ro, ora dulce y sentido, como gorjeo de ruiseñor, ora alegre y enamorado, como el primer trino de la calandria.

Oyóla cierto día el señor Curro Sanchez, gitano rico, organizador de zambras y saraos, y desde aquel día comenzó á cantar en esta clase de recreos, con lo que se vió mejor vestida y un poco más aseada, pudiendo ya mantener sucintamente y comprar algún cuartillo de vino al pobre del tío Calambres.

En esta época es cuando la presento á los lectores; y ya es justo que les diga, por si el caso les parece cuento, que mi narración es verídica en lo esencial, aunque sean novelescos los detalles.

II.

Juana era de día vendedora de violetas; de noche, y cuando se organizaba alguna zambra gitana, era cantadora; pero como las zambras no se podían organizar en todo tiempo, pues no siempre se presentaban extranjeros que las desearan, Juana tenía precisión de vender flores en los paseos de la Alhambra, decir la buena-ventura, en cuyo maquiavelismo daba punto y raya á la tía Mangona, y echar las cartas á los estudiantes que merodeaban por los paseos de aquel poético recinto; porque

hay que notar que hace 30 años los estudiantes tomaban, lo mismo que ahora, como lugar de lectura aquellas alamedas; pero justo es declarar también que estudiaban con más aprovechamiento que hoy.

No todos eran estudiantes; frecuentemente subían extranjeros á admirar las grandezas de la Alhambra, y entonces era cuando Juana usaba de sus más estudiados artificios, para hacerse digna de sus miradas.

Uno, pues, de estos hijos de la nebulosa Albión, puso una tarde su atención en ella; y aunque la muchacha no estaba entonces para hacer pecar á un santo, ello fué que el bretón oyóla atentamente enjaretar esa ensarta de disparates que llaman los gitanos buena-ventura, que la dejó echar las cartas más de diez veces, le hizo cantar una porción de malagueñas, siguiiriyas y jaleos, y le compró, en fin, todos los ramos de violetas...

¡Vaya V. á hablarle de gustos á estos hijos de la Gran Bretaña!

Debo hacer notar que Juana tenía entonces una hermosa voz, llena, vibrante y sonora como la de los ruiseñores que poblaban aquellos bosques.

No se marchó el extranjero sin preguntar previamente por el domicilio de la violetera, y de prometer á ésta que iría á hablar á la tía Mangona á la mañana siguiente.

III.

Claro es que la muchacha refirió por la noche á su madre la escena con el extranjero, de lo cual recibió gran placer el tío Calambres, que deseaba por horas y por momentos lucir sus habilidades en el manejo de la vihuela, esperando de la sesion una buena ganancia; pero no dejaron uno y otro de abrigar serios temores sobre la esperada visita, creyendo que pudiera tratarse en cierto modo del honor de la muchacha.

Amaneció el día siguiente, y fué de

ver á la tía Mangona, que entonces no faltó de la cueva, acicalar á Juana con el mayor esmero.

La hizo lavar de pies á cabeza en un inmenso lebrillo que le prestó la tía Melindres, hermana del tío Leria, y la vistió los mejores trapos, aunque no eran muchos ni buenos los que se guardaban en el fondo de un arcón apolillado, que era lo más decente de la casa.

Gastó la vieja siete reales, que guardaba como oro en paño, en unos zapatos de escafpín para la muchacha; púsole sus medias blancas y azules, su falda de coco con seis volantes, su corpiño granate, y un par de jarracás de oro y esmeraldas que le había dado á vender la mujer de un alguacil de la Chancillería.

Con este atavío, y un gran clavel que se colocó Juanilla sobre la trenza, estaba verdaderamente presentable al extranjero, que no era, por lo visto, muy escrupuloso.

El tío Calambres se puso por la mañana una camisa limpia, de lo cual se

admiró él mismo sobremanera, y la tía Mangona estrenó un vestido de indiana con muchos faralares, que tenía guardado para los días del Corpus.

¡Ah! No hay que decir que la cueva se aseó muy de mañana todo lo posible.

Quitóse el polvo de las paredes y se limpiaron los escasos muebles de la vivienda.

Ésta se componía de dos piezas: la primera servía de cocina, y constituían su mobiliario tres sillas rotas, con los asientos de sogas entrelazada, un anafe mohoso por el tiempo y el olvido, cuatro peroles donde pudiera cernerse harina, tres platos bastos oriundos de Fajalauza, un candil de hierro, y una mesilla desvencijada y sucia.

En la segunda pieza, que llamaré *dormitorio*, no había más muebles que dos gergones de hoja de panocha (que el tío Calambres llamaba colchones de música), sin otro abrigo que dos pedazos de manta jerezana, que debió ser azul en su tiempo; en el uno dormían la tía

Mangona y Juanilla; en el otro el tío Calambres, que, en atención á sus dolores reumáticos, no podía dormir acompañado.

Sobre las paredes había pegado la gitana, como buena devota, una estampa de San Nicolás y otra de San Cecilio, y en un extremo se hallaba el arcón, donde se guardaban los escasos trapos de Juanilla y los exiguos ahorros de la echadora.

Ambas piezas estaban separadas por una mugrienta cortina de percal á ramos, que á la vez servía de rodilla.

Apenas Juana recibió la última mano de la tía Mangona, corrió á la entrada del camino del Sacro-Monte, siendo la admiración de todas las gitanillas de los contornos.

No esperó ni media hora; el extranjero, fiel á su palabra, destacó su robusta figura al pie de la cuesta del Chapiz, saliendo ella á su encuentro.

Conocióla al punto el bretón, pero no pareció fijarse grandemente en su atavío, de lo cual ella mostró algún des-

agrado; y sin más cumplimientos, se encaminaron á la cueva, con gran escándalo de las comadres del barrio, que no barruntaban nada bueno viendo con un inglés á la gitanilla, tan peripuesta y acicalada.

—¡Miren la mocosa,—decía una,—cómo anda ya en malos pasos!

—¡Vaya con el *extrangis*,—murmuraba otra,—y cómo le gustan verdes!

—¡Ya decía yo,—añadía una tercera, que la Juana gastaba más rumbo que el ordinario.

—La culpa tiene su madre, que lo consiente; eso es no tener una pizca de lacha.

Y de este modo siguieron los comentarios, en tanto que llegaban á la cueva el inglés y la gitanilla.

No salió á recibirlos el tío Calambres, porque su parálisis lo impedía; pero la tía Mangona se adelantó á la mitad del camino, aturdiendo al bretón en fuerza de salutations y cortesías.

Hablaba el extranjero medianamente el castellano, por lo que les fué fácil entenderse.

Ante todo, mostró deseos de volver á oír cantar á la muchacha, recibiendo con ello un alegrón el tío Calambres, que por este medio iba á lucir sus excelentes facultades de guitarrista.

Templó la vihuela, en'onó su voz la gitanilla, y con acento armonioso y singular estilo, cantó la siguiente copla:

«Cadenas ligan al reo
Que se muere en la prisión;
Á mí me tienen penando
Cadenas del corazón.»

Aplaudió con entusiasmo el extranjero, el tío Calambres subió la prima, que chilló fuertemente al puntearla, y la violetera, con voz hermosísima, cantó esta malagueña:

«Las palabras de los hombres
Son castillos en el aire;
Cuando más firmes parecen,
Llega el viento y las deshace.»

El bretón estaba loco de contento; la tía Mangona calculaba para sí á qué punto llegaría la ganancia, y el tío Calambres, verdaderamente inspirado, variaba de género, comenzando á prelu-

diar unas siguiரியas. Juana, cada vez más emocionada, dejó oír esta copla:

«De tu trenza negra,
Dame tú un cabello
Para hacerme una fuerte cadena
Y echármela al cuello.»

Atraídos por la novedad del caso, se apiñaron á la puerta de la cueva todas las gitanas y gitanos del barrio, con gran complacencia y orgullo de la tía Mangona, que se alegraba de que viesan su cueva favorecida por tan codiciado personaje.

Pero como ciertas cosas no debían hablarse delante de los extraños, la tía Mangona encendió la luz y cerró la puerta, dejando á los curiosos con un palmo de narices.

El extranjero habló de este modo:

—Mi gustar mucho la muchacha, é mí querer llevarla á Inglaterra. Mí tener para ustedes muchas libras esterlinas.

—Quitoste allá, zeñó,—dijo el tío Calambres.—¿Osté sa figurao que aquí no tenemos ni pizca de virgüenza?!

—Mí no querer á la gitanilla para na-

da malo. Mí llevarla á cantar. La gitani-
lla tener una voz mucho forte é mucho
agradable, é mí llevarla á aprender mú-
sica é á cantar después.

Miráronse estupefactos los gitanos,
sin comprender la explicación del ex-
tranjero; pero el tío Calambres repuso
enérgicamente:

—Oigazte, zeñó, yo no entiendo esa
monserga; pero sea pa lo que sea, yo
no premito que la Juana se vaya de
aquí. Poique ¿qué consuelo me va á
queá en el mundo, si ella es la que me
cudia y me jace llevá con pacencia esta
enfermeá que Dios ma dao?

Y al decir esto, enjugaba furtivamen-
te con el dorso de la mano dos lágrimas
que se escaparon de sus ojos.

—Mí dejar á ustedes muchas libras
esterlinas, y no hacerles falta la mucha-
cha,—añadió el bretón con mucho én-
fasis.

Al tío Calambres se le había echado
un nudo en la garganta, y ya no sabía
qué decir; pero agitaba negativamente
la cabeza.

La tía Mangona, en cambio, se había enternecido al oír hablar de tantas libras esterlinas; así es que dijo:

—No me paece á mí que la cosa es pa ponerse tan compungío. Arrepara tú, Calambres, que el zeñó promete no tocar á la Juana ni en tanto asine.—Y al decir esto, se mordió la uña del dedo pulgar.—Tan y mientras que aquí está hecha una bigarda, puede ser que con el zeñó tenga una güena comenencia jaciendo gorgoritos.

Pero el tío Calambres no se prestaba á transigir, por lo que el extranjero, dejando para mejor ocasión el llevarse á la muchacha, se despidió de los gitanos, no sin deslizar antes algunas monedas de oro entre los dedos de la tía Mangona.

IV.

Aquella noche no pudo dormir el tío Calambres, pues sospechaba que apenas echara Dios sus luces, la tía Mangona iba á escapar con la muchacha.

Nada he dicho acerca de lo que pensaba Juana sobre este asunto; aunque no debía parecerle muy mal, porque se mostraba alegre y decidida.

Á los 14 años se piensa poco, y el alma se alimenta de ilusiones.

La violetera no habfa comprendido bien cuales era los propósitos del extranjero; pero fuesen los que fueran, para ella era mucho mejor correr el

mundo que estar encerrada entre las negras paredes de la cueva; era más agradable vestir ricos trajes que el miserable vestidillo que la cubría, y tener galas y joyas en vez de los pobres zarcillos de coral, penosamente comprados en fuerza de vender muchos ramos de violetas.

Serían las siete de la mañana, cuando madre é hija, aprovechando un momento en que el sueño rindió al tío Calambres, abandonaron la cueva.

El sol, que empezaba á destacarse sobre los picos de la Sierra, echaba sus primeras luces sobre aquellas inmensas albarradas de pitas y nopales; y la gitanilla no pudo menos de dirigir por última vez sus ojos á aquellos risueños lugares, donde pasó los días accidentados de su niñez, y se acordó del pobre viejo que quedaba abandonado en la cueva.

Pero la tía Mangona, que comprendió los sentimientos de la muchacha, dándole en el brazo un pellizco, mezcla de cariño y despecho, le dijo:

—Anda, cordera; ¡quién como tú, que vas á ser una gran señora!

Con esto, bajaron la cuesta del Chapiz, subieron la del Rey Chico, y á las ocho y media ya estaban en los paseos de la Alhambra, en busca del extranjero.

Á las once le vieron pasar, se le acercaron, él conociólas al punto, y después de una larga plática entre el bretón y la tía Mangona, Juanilla quedóse con él, y la gitana regresó á su vivienda, donde puso á buen recaudo en el fondo del arca una media azul rellena de oro: había cincuenta onzas.

que tuvo á bien abandonar la cueva
hospede de dicho santísimo al
fin:

— Ya te pasaban esas arrechuchas de
sentimiento. Ahí te dejó los los muchos
y cinco cosas en el arca que está
es el mal humor porque los jueces
con pan son malos. Yo no voy donde
Dios me encuentre.

Y habiendo esto se dijo de lo
bueno, que se galeaba con voz de
mucho:

— A qué mala hora; pronto un día

**¡Qué día tan triste pasó el tío Calam-
bres!**

Aunque su mujer le juró y perjuró
que la gitanilla había salido á vender
sus violetas, el pobre viejo no las tenía
todas consigo, conociendo la codicia y
las perniciosas intenciones de la tía
Mangona.

Cuando cayó la tarde, y el tío Calam-
bres no vió asomar por el camino á la
muchacha, fueron de oír sus lamentos
y suspiros, mezclados con furiosas mal-
diciones hacia la echadora de cartas,

que tuvo á bien abandonar la cueva, después de decir agriamente al gitano:

—Ya te pasarán esos arrechuches de sentimiento. Ahí te dejo tos los muebles y cinco onzas en el arcón pa que endulces el mal humor, poique los duelos con pan son menos. Yo me voy donde Dios me encamine.

Y diciendo esto se alejó del tío Calambres, que le gritaba con voz de trueno:


—¡Anda, mala mare; premita un divé que cá jara te se güerva un golondrino!

Y le escupió groseramente la última maldición.

No volvió á ver más el tío Calambres á la vendedora de violetas.

Por eso de noche, cuando los tibios rayos de la luna bañaban de plateada luz los cármes, el pobre gitano recordaba con inmensa pena á su querida gitanilla, cuya ingratitud acortaba los pocos días que le restaban de vida.

Y templando tristemente la vihuela, entonaba los más sentidos cantares, haciendo llorar al instrumento que, al ensayar las siguiரியas, se quejaba como si preludiara una melodía fúnebre.



PRIMERA PARTE.

I.

La noche del 23 de Mayo de 1871, París entero se apiñaba en las entradas del Teatro de la Ópera Italiana. Se cantaba la magnífica partitura de Bellini, *Senámbula*, y hacía su debut una *prima donna* desconocida en el mundo teatral: Teodora Argenti, primer premio del Conservatorio de Roma, de quien la prensa hacía prematuros é inusitados elogios, anunciándola como un prodigio del arte.

El debut de una *prima donna* no es un acontecimiento tan frecuente que de-

je de llamar la atención de los públicos, y sobre todo de París, emporio del arte lírico y cuna de los más intrasigentes *dilettantis*.

Pero como la prensa suele también equivocarse en sus vaticinios, las impresiones eran contradictorias, predominando, sin embargo, el número de los que auguraban un éxito á la nueva cantante.

En el pórtico del Teatro, Mr. Porredon, jefe de la *claque*, revisaba sus huestes, dándoles la correspondiente consigna.

¡La *claque!* He aquí los heraldos del dios *Éxito*, la gran institución de nuestro siglo.

Si muchos autores á la moderna fuesen tan explícitos como ordena la seriedad del hombre honrado, yo os juro que confesarían que los dos tercios de las obras representadas en las postrimerías de este siglo, deben su salvación á las intemperancias de la *claque* y á los secretos del aplauso mercenario. Pero vuelvo á mi narración.

Como á unos cincuenta pasos del coliseo, había por la época á que hago referencia, un restaurant de mediano aspecto, centro obligado de actores sin contrata, músicos, poetas y *soldados* de la *claque*.

En uno de los extremos del salón principal, conversaban media hora antes de abrirse el coliseo dos personajes: No hablaré largamente de los dos, porque sólo uno de ellos ha de jugar su papel en esta historia; diré sólo que el uno, llamado Mr. Ferrandi, era jefe de la *contraclaque*, nombre que en España hemos traducido con la expresiva denominación de *reventadores*. El otro, ya merece párrafo especial.

Alto, enjuto de carnes, rubio, correcto en sus maneras, era el tipo del *dilet-tanti* de pura raza, del gomoso, que decimos los españoles.

Vestía irreprochablemente de frac, cubriendo su uniforme un riquísimo sobretodo; frisaría en los 40 años, y era millonario.

Se llamaba Mr. Perinet.

Oigamos su diálogo, porque acaso nos interese:

—Podéis estar tranquilo, Mr. Perinet; se hará como mandáis.

—Tened en cuenta, Mr. Ferrandi, que habéis de véros las con Mr. Porredon, que es temible enemigo; y si Teodora Argenti se impone al público, corréis el riesgo de perder los 500 francos.

—Os digo que podéis estar confiado; cien hombres decididos y convenientemente colocados, ya sabéis lo que pueden hacer.

—Tomad 200 francos; despues, si os los ganáis, os daré 300 en este mismo sitio. No olvidad la consigna; cuando Mlle. Argenti canta la cavatina del primer acto, haced la señal; he asistido á los ensayos, y tengo por cosa cierta que desafina hasta el punto de que no habrá en el público una docena que intente aplaudir, si no es la *claque* de monsieur Porredon.

—Quedaréis complacido.

Después de esta escena, ambos interlocutores se separaron; Mr. Perinet sa-

lió á la puerta, y dijo á su cochero que le aguardaba:

—No subo; de aquí al teatro es corta la distancia; puedes retirarte, y procura estar á la una en punto en el atrio del coliseo.

El coche partió, y Mr. Perinet se encaminó al teatro de la Ópera.

contar de mediano porte, los actores sin nombre, los músicos sin nombre, en los últimos pisos, el bajo París, la gente pichaya, los desheredados de la fortuna que amara, sin embargo, y sientan el arte.

El Teatro de la Ópera francesa debió sentirse aquella noche, con el acontecimiento del Teatro de la Ópera italiana.

La noche de un silencio solamente, cuando se oprimió el sublime preludio.

El Teatro no bastaba á contener el crecido número de espectadores que anhelaban admirar á la nueva estrella del arte lírico.

La *crème* parisiense llenaba materialmente la sala: en las butacas se agitaban los *amateurs* del arte, y las *cocots* de alto coturno, los autores dramáticos, los grandes músicos y los prohombres de la Bolsa.

En los palcos, el alto París, la aristocracia de la Banca y del comercio; en las graderías el *demi-monde* parisién, los gomosos de escasa fortuna, las hori-

zontales de mediano porte, los autores sin nombre, los músicos sin contrata; en los últimos pisos, el bajo París, la gente plebeya, los desheredados de la fortuna que aman, sin embargo, y sienten el arte.

El Teatro de la Ópera francesa debió resentirse aquella noche con el acontecimiento del Teatro de la Ópera italiana.

En medio de un silencio solemne, comenzó la orquesta el sublime prelude de la obra de Bellini.

Se alzó el telón y comenzó el espectáculo en medio de la general atención.

Mlle. Argenti hizo su presentación en la escena, y no hubo para ella un sólo aplauso.

Mr. Porredon había permanecido impassible, y sus huestes guardaron silencio.

En la primera fila de butacas, monsieur Perinet, con sus grandes gemelos, contempló á la *diva* en el momento de su presentación.

Aprovechemos nosotros tambien este

momento para retratarla: No era muy alta, pero sí admirablemente modelada, aunque detallando, sus facciones aparecían un poco duras y de líneas no muy correctas; sus ojos, rasgados y grandes, eran negros y expresivos; negras también y sedosas las largas trenzas de su pelo; la nariz poco afilada, los labios algo gruesos, si bien el juego de su boca resultaba muy provocativo; el cuerpo airoso, el seno abultado; el conjunto, en fin, altamente simpático é incitante, haciéndolo mucho más el indefinible gracejo de sus ademanes, la soltura de sus movimientos, y un atractivo inexplicable que seducía, que hechizaba con fuerza poderosa.

Sin embargo, ya he dicho que el público la recibió con su acostumbrada frialdad; y digo acostumbrada, porque la ópera italiana era recibida, y lo es todavía, en Francia con escasa simpatía.

Francia tiene su ópera nacional, por la que siente natural y decidida predilección; entonces, como ahora, los gran-

des artistas eran obligados, para obtener éxito, á cantar la ópera francesa.

El gran tenor español, Julián Gayarre, tuvo que aprender el francés correctamente antes de presentarse ante el público de París, y lo hizo con una ópera francesa.

Mlle. Argenti, con tal severidad recibida, no se inmutó; acometió con bríos su *particella*, y desde las primeras notas hizo sensación en el público, que le tributó un ligero aplauso, contrarrestado violentamente por las muestras de desagrado de los secuaces de Mr. Ferrandi, el cual ocupaba una de las primeras butacas.

Mr. Perinet le dirigió una mirada de complacencia.

Pero si un observador próximo á Mr. Perinet se hubiera fijado en su rostro, no dejaría de sorprender tras de aquella mirada á Mr. Ferrandi, otra mezclada con una sonrisa burlona dirigida á Mlle. Argenti, que ésta contestó con un ademán de desprecio.

Pero llegó el momento supremo, en

que la *prima donna* debía cantar la *cavatina* famosa del acto primero, número musical de prueba para las grandes cantantes.

Mlle. Argenti hizo en ella maravillas; sin que su voz fuese de gran volumen, tenía tan extraordinaria dulzura, acababa con tal limpieza y valentía las notas altas, que más parecía voz de ángel. Ora suave y sentida, como arrullo de palomæ; ora valiente y armoniosa, como trino de rruiseñor, llenaba de acentos dulcísimos los ámbitos del coliseo, que rompió en un aplauso atronador y frenético cuando la *diva* lanzó la última nota.

La ovación, sostenida durante todo el acto segundo, se repitió más ruidosa, más entusiasta en el *rondó* final del tercer acto, en que las manifestaciones llegaron al delirio.

París no había oído nunca cosa semejante.

La *contraclaque* tuvo que enmudecer ante aquella explosión de entusiasmo, y Mr. Ferrandi miró tristemente á mon-

sieur Perinet, viendo escapársele los 300 francos.

Ya no había lucha posible; la *prima donna* continuó la representación en alas del dios *Érito*, y el triunfo fué verdaderamente asombroso.

La prensa de París propagaba á la mañana siguiente la noticia, saludando con los más inusitados elogios á aquel nuevo astro, aparecido en el cielo del arte.

III.

—Con verdad os digo, Mr. Perinet, que no esperaba un éxito tan ruidoso, ni tan merecido.

—Exageráis, Mr. Francillon, exageráis; Mlle. Argenti pasó, y nada más.

—Leed, leed las dos columnas de *Le Figaro*, que por lo visto es más imparcial que vos. Aunque bien mirado, se explica vuestro despecho. Mr. Perinet, vos estáis enamorado.

—¿De quién?

—De M^{lle}. Argenti, de ese prodigio de hermosura, de ese fenómeno del arte.



— Vuelvo á deciros que exageráis, monsieur Francillon; ni es tan bella, ni...

— Os delatáis, Mr. Perinet, al negar lo que todo París afirma. ¿Creéis que no se os trae entre lenguas? Acaso no os ha visto nadie seguir de cerca con vuestro landeau el de Mlle. Argenti? Por cierto que se dice que tendréis que habéros las con un enemigo terrible; con ese bretón que la acompaña, y que según malas lenguas, es...

— ¡Pchs!; precisamente, el enemigo menos temible para mí, es mister Larreman.

— ¿Se llama Larreman? Bueno, bueno; quedamos en que estáis perdidamente enamorado de Mlle. Argenti, y en que hay un enemigo más temible que mister Larreman!..

— Ciertamente. Mi peor enemigo es la virtud de Mlle. Argenti.

— ¡Hola!, ¡hola!

— Como lo estáis oyendo. Conoci á Mlle. Argenti en Italia, donde, como sabéis, me llevó mi amor á las artes, y

mi deseo de admirar las grandezas y los misterios de la ciudad eterna. La oí cantar en un concierto hace dos años en la ciudad de Milán, y os lo confieso, quedé preso en las redes de su hermosura.

—¡Quedamos al fin en que es hermosa!

—Si queréis saber el resto, excusad las interrupciones.

—Os escucho.

—Entonces estudiaba ella en el Conservatorio de Roma, y frecuentemente hacía escursiones, siempre acompañada de mister Larreman, por Venecia, Nápoles y Sicilia; yo la seguía á todas partes, y excuso deciros que en ello he invertido una fortuna. Pero siempre tropecé con la virtud de Mlle. Argenti y con la vigilancia de mister Larreman.

—Dispensad, Mr. Perinet, esta interrupción. Decís que siempre habéis tropezado con la virtud de Mlle. Argenti; ¿quién es, pues, ese mister Larreman que la guarda? Porque no hay quien haga creer á todo París que la tutela del bretón no es altamente misteriosa...

—Voy á complaceros. Mister Larreman es un empresario inglés; dicen que es muy rico; á mí no me lo parece, pues todas las apariencias hacen creer que vive de la explotación de Mlle. Argenti. Dónde y cuándo ha encontrado este prodigio, nadie lo sabe, ni yo he conseguido desvanecer las misteriosas sombras que envuelven á tan extraños personajes.

—¿Sabéis que todo eso es muy interesante?

—Pero os juro, Mr. Francillon, que he de romper ese misterio, aunque para ello sea preciso correr tras ella toda Europa.

—¿De modo, que no creéis que mister Larreman tenga sobre ella derechos de cierta índole?...

—Absolutamente ningunos; no median entre ambos más relaciones que las de una artista con su empresario; las del explotador con el explotado. Podéis creerme; soy buen amigo de mister Larreman.

—¿Y cómo mademoiselle Argenti no

sacude ese protectorado tan tiránico?...

—He ahí, amigo mío, el enigma. Cuando he intentado profundizar sobre este punto, ambos han demostrado gran habilidad para evadir la respuesta.

Mr. Francillon apuró los cuatro dedos de cerveza que aún restaban en un vaso que sostenía entre los suyos, y Mr. Perinet hizo lo propio.

El diálogo referido tenía lugar en el *Divan Le Peletier*, á la mañana siguiente de la representación de *La Sonámbula*.

IV.

Traslado á los lectores, seguro de que me agradecerán el viaje, á un elegantísimo hotel de la calle de Richelieu.

Es un juguete por su aspecto, y aun por sus reducidas dimensiones: no tiene más de dos pisos: delante del pórtico se extiende un pequeño jardín, donde florecen algunas plantas en fuerza de esmero; tiene el edificio algo de morada señorial y algo de *chalet* suizo.

Le ocupan Mlle. Teodora Argenti, *prima donna* del Teatro de la Ópera italiana, y mister Larreman, empresario del coliseo.

Como no necesitamos, amado lector, la venia de los dueños para penetrar en el hotel, entremos resueltamente, sin temor de que nos detenga el paso el lacayo de amplia librea que se ve en la puerta.

Sube conmigo al primer piso; pero despacio, para que podamos apreciar la magnificencia interior de edificio.

No te fijas en la ancha escalera de mármol; como ésta las puedes ver á centenares en la mayor parte de los hoteles de París; pero sí debes observar los pedestales de los descansos, sobre los que se alzan esas hermosas figuras de bronce, que valen un tesoro, y esos jarrones de porcelana de Sevres, atestados de flores; esto te dará una idea del decorado de las habitaciones principales.

Observa estos divanes de terciopelo carmesí, estas riquísimas lámparas de bronce, estas consolas primorosamente talladas, estos espejos altísimos, esta profusión de floreros de cristal de Bohemia, estos admirables lienzos de Rubens

y Vandik, este lujo de detalles que asombra.

Estamos en la antecámara de un gabinete de confianza; y pues no nos separa de él más que un portier de damasco, podemos sorprender impunemente la conversación que sostienen los dueños de la casa, como hacen esos criados imprudentes é irrespetuosos que gustan de saber los secretos de sus señores.

—No estaréis quejosa de mí; creo haber adivinado vuestros gustos al adquirir y amueblar este hotel que, si no es muy espacioso, basta á daros el rango debido á la fama que habeis logrado.

—Ya sabéis cuánto os lo agradezco.

—Ciertamente que demostráis agradecerlo, y ello me complace sobremedera; pero os juro de todas veras que no es bastante toda esa gratitud para satisfacerme.

—¿Acaso puedo hacer algo más en vuestro obsequio? Os debo gratitud, y os la otorgo; os debo obediencia, y os obedezco; por lo demás, yo no po-

dré nunca violentar mis sentimientos.

—Ya sé que sentís repulsión hacia mí, y esto es lo que me desespera.

—Repulsión, nunca; sería, si os despreciara, no sólo ingrata, sino infame. Yo sé bien que me sacásteis de la miseria, que os debo la fortuna, y que os pertenezco; soy vuestra sierva, y en tanto que vos mismo no me otorguéis la libertad, no puedo abandonaros.

—Si os retengo en mi poder, no me faltan razones. Á mi protección debéis vuestra fortuna, el nombre que habéis logrado, el porvenir que os sonrío. Hace diez años que os educo, habiendo gastado en ello un caudal que hoy debo recuperar, y que vos me debéis satisfacer.

—Os lo he dicho antes; ya veis si tengo conciencia de mi situación.

—Está bien; pero no me otorgáis otro género de recompensa, que para mí sería más agradable que todos los tesoros de la tierra.

—Ya os he dicho mil veces que no pudisteis comprar mi corazón. Con la ru-

deza salvaje propia de mi raza, resistí vuestras primeras indicaciones y contuve vuestros deseos; era entonces una niña, y no tenía conciencia de mi situación; os rechacé por natural instinto; después comprendí la posición en que me encontraba, os hice respetar el pacto en los términos en que había sido concertado, y por mi parte, creo no haber faltado á los deberes que me impuso mi situación. Jamás os pediré cuenta de vuestros actos, pero tampoco debéis pedirme cuenta de los míos. Habéis empleado en mi educación una fortuna; yo cantaré hasta devolvérosela con creces; de esto, á aceptar vuestras pretensiones amorosas, hay una distancia tan respetable, que juzgo imposible hacerla desaparecer.

—De todo lo dicho, deduzco claramente que quien os interesa es Mr. Perinet.

—¡Ja, ja, ja! Sois testarudo como pocos, señor de Larreman; y os declaro ingénuamente que vuestros celos me hacen reir de una manera deliciosa. Ni

Mr. Perinet me interesa, ni siento por vos más que una simpatía, hija del agradecimiento. Decidme que os ame como á un padre, y acaso os lo conceda, pues fácilmente puede convertirse mi afecto en veneración; pero creer que pueda amaros como á esposo, es una temeridad sin resultado.

— Razonáis de un modo increíble. Nunca pude sospechar que llegá-eis á tener tan extraordinaria agudeza de ingenio, ni un corazón tan ingrato. Esperaba que la educación os hiciera más dócil, más amable, más agradecida hacia vuestro protector.

— Hablemos claro, señor de Larreman; y perdonad que os recuerde algo que habéis dado al olvido, y que os conviene traer á la memoria. La rudeza de mi carácter es condición propia de mi raza, algo de mi propia naturaleza, que no puede borrar la educación. ¿Por qué no hablaros con franqueza? Haced una estatua bellísima con una madera ingrata; dadle todos los detalles de la hermosura y de la majestad; pero tened

por cierto que cuando más satisfecho contempléis vuestra obra, crugirá la materia y falseará la estatua, dando al traste con vuestras ilusiones. Por mis venas corre sangre rebelde á la cultura; mi alma, templada por el sol brillante de Andalucía, es indomable; mi cuerpo, azotado desde la cuna por todos los rigores de aquella potente naturaleza, es esquivo, y rechaza la mano que lo acaricia. La educación podrá adormecer mi carácter, pero no modificarlo; y siempre seré la fiera domesticada por la fuerza, que, si se la hostiliza, pondrá de relieve sus naturales instintos. Perdonad, señor Larreman, vuelvo á deciros, este rasgo de atrevida franqueza; pero he creído necesario recordaros mis cualidades, para que sepáis á qué ateneros en vuestras pretensiones apasionadas. Tratadme dócilmente, y haréis de la cantante lo que os parezca; no apeléis á otros medios, porque la fiera siempre revelará sus naturales inclinaciones.

—No necesitábais advertirme lo que

tengo más que presente. Los medios violentos no encajan dentro de mi carácter, y nunca intenté ponerlos en práctica. Por lo demás, excusaré las ocasiones de molestaros. Os designo como sueldo 2.000 francos por representación. Por vuestra parte, creo que no rehusaréis firmar un contrato por tres años, plazo que juzgo suficiente para reponer mi fortuna, empleada en vuestra enseñanza. Es más, si lo estimáis oportuno, os dejaré en este hotel vivir independiente; podéis pasarlo muy bien con vuestra doncella, y acaso, acaso, os visite con más frecuencia Mr. Perinet.

—Mr. Perinet es un miserable y un mal caballero, que ha intentado castigar mis desaires con la más inicua de las venganzas. No ignoraréis que anoche tenía preparada una derrota en la representación de *Sonámbula*, de la cual logré salvarme milagrosamente. Si antes sentía hacia él una inexplicable repulsión, hoy le desprecio.

Á este punto llegaba el diálogo, cuan-

do una doncella, levantando el portier del gabinete, anunció:

—Mr. de Perinet.

Teodora Argenti se levantó como impulsada por un resorte, y abandonó la estancia, diciendo:

—No he visto en hombre alguno menos dosis de delicadeza; no quiero verlo; decidle que me he indispuerto, y os autorizo para arrojarlo de la casa.

V.

Quedóse perplejo mister Larreman, apenas abandonó Teodora el gabinete. Seguramente cruzaba por su imaginación un mundo de ideas; pero hombre de sentido práctico, debió hallar rápidamente la solución que buscaba, porque dibujando en su rostro una sonrisa de satisfacción, respondió á la doncella, que aún aguardaba órdenes:

—Que pase Mr. de Perinet.

Dos minutos después, se hallaban ambos frente á frente.

Mister Larreman disculpó á Teodora de la mejor manera posible; pero no se

ocultó á Mr. Perinet cuál era la verdadera causa del retraimiento de la *prima donna*.

—Supongo,—dijo Mr. Perinet,—que por vuestra parte no habréis creído la ridícula calumnia que se ha hecho propalar, atribuyéndome el origen de las manifestaciones de desagrado que anoche se hicieron á Mlle. Argenti.

—Es una venganza indigna, contraria á vuestros sentimientos. No creo nada de lo que dicen, os lo aseguro.

—¿Y sabéis qué piensa de ello vuestra protegida?

—Opina enteramente lo mismo que yo. Pero seamos explícitos, monsieur Perinet; confesad que no carecen de cierto fundamento las acusaciones que se os lanzan; todo París sabe ya que aspiráis al amor de mi protegida y que ella no os atiende; y es posible que hayan creído, aunque yo protesto de ello, que vos habéis sido el autor moral de la fracasada derrota; el despecho es mal consejero, Mr. Perinet.

—Tenéis más sutileza que parece,

mister Larreman; pero esta vez andáis fuera de camino. Amo violentamente á vuestra pupila, y os puedo hacer esta declaración, porque me consta que no sois para ella sino un protector; ya me conocéis; sacrificaría por el amor de mademoiselle Argenti toda mi fortuna.

—Mucho ofrecéis, Mr. Perinet.

Y levantándose mister Larreman al decir esto, cerró convenientemente las puertas del gabinete.

—De modo,—continuó diciendo al acomodarse nuevamente en la butaca,— que daríais por su amor una fortuna?

Mr. Perinet titubeó un instante, sin atreverse á contestar. La actitud y el lenguaje de mister Larreman eran para él completamente extraños.

— ¡No os comprendo! — exclamó al fin, agitándose nerviosamente sobre su asiento.

—Pues oidme; y tened en cuenta que lo que os voy á decir os vale la felicidad ó puede costaros la vida.

.
.

No fué posible oír esta parte de la conferencia. Sólo pudieron percibirse al final estas palabras verdaderamente misteriosas.

—Ya comprenderéis que no es asunto fácil de resolver con la precipitación que vos deseais, Mr. Perinet.

—Esperaré vuestras órdenes. Desde mañana están á vuestra disposición en el Banco de Francia los seiscientos mil francos.

—Procuraré merecerlos.

Mr. Perinet abandonó el hotel; y creo prudente, amigo lector, que nosotros también le abandonemos.

VI.

El cuarto que en el teatro de la Ópera italiana ocupaba Teodora Argenti durante la representación, era un pequeño nido, cuya entrada estaba prohibida en absoluto á los profanos.

La *prima donna* era refractaria á los galanteos é impertinencias de ese enjambre de gomosos que invade el vestuario de los grandes artistas para prodigarles los más altisonantes elogios, casi siempre mezclados con frases de ridículo apasionamiento.

Eran contadísimas las excepciones. Entre los favorecidos por la suerte

estaba Mr. Perinet, al que mister Larremán había otorgado su venia explícita para penetrar en el aposento de la *diva*, siendo por ésta recibido con glacial indiferencia.

Tambien la visitaba de continuo, y esto era muy natural, sobre todo en los intermedios, Alberto Ugolini, primer tenor de la compañía, seriamente prendado de Teodora Argenti.

Ocurrió la escena que voy á referir: tres meses después del debut de la artista, Mr. Perinet y Alberto Ugolini se conocían ya como rivales; se cantaba por tercera vez *Norma*, y durante el segundo acto, al abandonar su aposento para salir á escena Teodora, quedaron en él los dos adoradores de la *diva*.

—Mlle. Argenti está en *Norma* admirable, y cuenta que no es de sus favoritas. Sus predilectas son *Sonámbula*, *Lucrecia* y *Ugonotes*.

—Me extraña esa afirmación, Mr. Perinet. *Norma* es una de las predilectas de Teodora Argenti.

—Pues no está en ella á la altura de

su reputación artística. En el primer acto ha estado débil, desigual y tímida en los registros agudos.

—Perdonad que os diga, Mr. Perinet, que no se os alcanza gran cosa en achaques musicales. Es muy peligroso hablar de cosas que no se entienden, corriendo el riesgo de quedar en ridículo...

—Señor de Ugolini, esas palabras.....

—Os las dice quien no trata de retirarlas.

—Me daréis una explicación.

—En el terreno que queráis; estoy á vuestras órdenes.

Y cambiándose con reconcentrada ira sus billetes, Alberto Ugolini salió á escena, y Mr. Perinet abandonó el coliseo.

Aquella misma noche habló Mr. Perinet con su amigo Mr. Francillon.

—Tengo un duelo,—dijo,—con Alberto Ugolini, primer tenor de la Ópera italiana, pretendiente de Mlle. Argenti; ya sabéis que no soy hombre que paso por alto ciertas ofensas; buscad á Mr. Cle-

menceau y sed mis padrinos. Ahí tenéis las señas de mi contrario.

Alberto Ugolini, por su parte, habló así á mister Larreman:

—Tengo un lance de honor pendiente con Mr. Perinet, pretendiente de vuestra protegida; la ofendió delante de mí, y no debí consentirlo; no conozco en París á otra persona de mi confianza; os suplico que busquéis vos una que sea de la vuestra, y seais mis padrinos; esto no puede terminar de otra manera.

Quedóse pensativo mister Larreman al oír estas manifestaciones, pero en el acto ofreció á Ugolini apadrinarle en su desafío.

—He aquí un lance,—se dijo mister Larreman,—tan original, que no me veré en otro semejante. Tanto me interesa Alberto Ugolini como Mr. Perinet; si aquél pierde la partida, me quedo sin tenor, y no es cosa fácil hallar quien le reemplace. Si, por el contrario, es vencido Mr. Perinet, cae por tierra un proyecto fraguado á tanta costa, y se me

va de las manos la fortuna. Hay que convenir en que, á pesar de todo, me interesa menos el tenor que la fortuna; opto por esto, aunque se pierda lo otro. Haré de modo que el lance sea á pistola; Mr. Perinet es un tirador, y Ugolini no es hombre temible. Esto es cosa resuelta.

convenir en que, á pesar de todo, me
interesa mas el tener que la fortuna;
esto por esto, aunque se pierda lo otro.
Haré de modo que el lance sea á pisto.
Mr. Perinet es un tirador, y Ugolini
no es hombre temible. Esto es cosa
resuelta.

VII.

Con dirección al bosque de Bolognia
avanzaban á la mañana dos carruajes,
guardando una respetable distancia.

Cerca ya del bosque, Mr. Francillon
asomó la cabeza por la portezuela del
primero de ellos, y dijo al conductor del
vehículo:

—Aquí.

Del coche descendieron Mr. Perinet,
Mr. Clemencean y el doctor Ladevesse.

Del otro carruaje, que llegó momen-
tos después, bajaron Alberto Ugolini,
mister Larreman, Mr. Verdiner, abo-
gado y escritor, y el doctor Carducci.

No hay que añadir que el duelo había sido concertado á pistola, á diez pasos de distancia y á muerte.

Si no hubiera tanto escrito sobre el duelo, aprovecharía esta ocasión para exponer mi parecer; pero temo cansarte, lector amable, con una digresión insustancial y extemporánea, y voy derecho al asunto.

El terreno que pisaban los personajes que acabo de citar, era favorable al lance; por punto general le escogían todos los duelistas parisienses.

Comenzaban á dorar los rayos del sol naciente los elevados miradores de París, que despertaba de su letargo.

Los padrinos del lance intentaron la última avenencia, como es de rigor en tales casos, y no siendo aquella posible, se abrieron las cajas de armas, se eligieron dos pistolas á satisfacción de ambas partes, se midió el terreno, se deslizaron en los oídos de los rivales palabras de energía, y se les colocó frente á frente.

Mr. Perinet era, como había pensado

muy bien mister Larreman, un enemigo temible.

La sangre fría y la presencia de ánimo eran las notas dominantes de su carácter, en tanto que Alberto Ugolini se mostraba abatido y desconfiado.

Cuando se trató de que decidiera la suerte quién había de tirar primero, dijo Mr. Perinet:

—Es innecesaria esa operación; no me opongo á que dispare primero mi rival, antes bien, le concedo la primacía.

Pero como las leyes del duelo no permiten tales concesiones, se jugó la suerte, correspondiendo la primacía á Alberto Ugolini.

—Lo celebro, —dijo con *sans-facon* monsieur Perinet;—tengo la convicción de que mi contrario no ha de matarme, y así me quedará la satisfacción de que al matarlo no lo hice sin riesgo.

Colocados los padrinos de una y otra parte en el puesto de ordenanza, abierto el botiquín y dispuestos los vendajes y útiles necesarios, dióse la señal de

ataque. Alberto Ugolini levantó el brazo con aparente serenidad, apuntó al pecho de su contrario, y la bala homicida fué á dar en el brazo izquierdo de Mr. Perinet, que se estremeció bruscamente recobrando, sin embargo, en un momento su tranquilidad.

Alzó á su vez el brazo derecho lentamente, buscando la puntería desde el pecho á la cabeza, y disparó sobre Alberto Ugolini, haciéndole caer de espaldas gravísimamente herido.

Mr. Perinet no habló una palabra. Hizo una señal á sus padrinos, que le siguieron; tomó asiento en un rincón del carruaje, y éste partió á escape hacia París.

En el camino no pronunció más que estas palabras:

—Sé muy bien que Mlle. Argenti me tratará ahora con mayor desprecio; pero ¡qué hemos de hacerle!; ha sido necesario.

Mister Larreman y sus acompañantes recogieron el cuerpo de Alberto Ugolini, después de hacerle la primera cura, colocándolo en su coche.

Cuando regresaban á París, dijo monsieur Clemencean:

—Para vos, mister Larreman, es muy sensible esta pérdida; es una quiebra que no esperábais. Si muere Alberto Ugolini...

—Yo creo que es una ganancia. Por lo demás... anoche mismo escribí á Nápoles contratando otro tenor para mi compañía.

VIII.

—¡Infamia sobre infamia!—exclamó Mlle. Argenti cuando supo el resultado del lance.—Mr. Perinet no ha parado hasta hacerse odioso á mis ojos; es un reptil miserable.

—Eso lo que os probará es que monsieur Perinet siente por vos una pasión rayana en locura,—objetóle mister Larreman.

—Entiendo el amor de muy distinta manera que vos lo entendéis; aunque os aseguro que jamás le he sentido, y por tanto, mal podré explicároslo; pero creo que el amor es algo más noble,

más digno que lo que por mí parece sentir Mr. Perinet. El amor debe ser algo sobrenatural que emana de nuestro espíritu; algo suave y plácido que apenas toca en la materia, y no esa pasión torpe y avasalladora que encarna en el cuerpo y huye del espíritu; no esa aberración del instinto, que busca el goce de lo deleznable, y que se desvanece con el placer.... Acaso esté diciéndolo tonterías, señor de Larreman; y lo sentiré, solamente por si llegáis á creer que habéis malgastado el dinero en educarme.

—Os confieso que admiro vuestro talento, y que no en balde he gastado un caudal en vuestra ilustración. Pero siento deciros que andáis equivocada en cuanto al amor de Mr. Perinet. Os ama verdaderamente, y con lealtad.....

—No puede ser leal el pensamiento que concibe é intenta una venganza tan ruin como la de Mr. Perinet.

—Os repito que todo es hijo del afecto que os profesa, y del que yo puedo certificar.

—Dispensad, señor de Larreman; me parece que os interesáis demasiado en las pretensiones de Mr. Perinet...?

—Tanto como vos os merecéis. Negar que os conviene el afecto de Mr. Perinet, es cerrar los ojos á la evidencia. Mr. Perinet es millonario, y os puede hacer feliz rodeándoos de caprichos y comodidades. ¿Creéis que os engaño? Pues os juro que la mayor parte de las grandes artistas sueñan con un hombre como Mr. Perinet.

—Ya os he dicho cómo pienso sobre este punto. Quiero un amor que llene mi alma de alegrías inefables; Mr. Perinet no puede inspirármelo, y es imposible que llegue á amarlo nunca.

Este diálogo, sostenido en el cuarto que Teodora Argenti ocupaba en el Teatro la noche de la escena del duelo, fué interrumpido por el segundo apunte, que dijo en la puerta del aposento:

—Mlle. Argenti, á escena.

Apenas salió de cuarto la *prima donna*, penetró en él Mr. Perinet.

—¿Qué piensa de mí Mlle. Argenti?

—Está indignada, amigo mío.

—¿Habéis procurado calmarla?

—Con verdadero empeño, Mr. Perinet; pero no hay medio de conseguir que acceda á vuestras pretensiones.

—¿Será necesario poner en práctica nuestro proyecto?

—Por mi parte, estoy á vuestras órdenes.

—Hablaré con Mlle. Argenti, y si me rechaza por última vez... hablaremos.

.

Cuando regresó á su cuarto la *diva*, estaba solo en él Mr. Perinet.

Teodora sintió una repulsión terrible al penetrar en el aposento; pero disimulando el desprecio que le inspiraba, saludó á Mr. Perinet con una inclinación de cabeza.

—Perdonad,—le dijo Mr. Perinet,—mister Larreman ha tenido precisión de salir; si os molesto?...

—Me es indiferente; podéis quedaros, si os place.

—¿Que si me place? Creed que deseo

con toda mi alma tener con vos una explicación tan ámplia como lo exigen los hechos. La presencia de mister Larreman ha retardado hasta hoy esta ocasión de sincerarme...

—Es inútil que os molestéis sobre ese punto.

—¡Cuánta ingratitud! No os mueve á compasión esta constancia en amaros, este delirio por poseeros. Me conocéis bien, y no creo necesario hacer el recuento de mis condiciones: soy todavía joven, rico hasta la opulencia, pues mis bienes se extienden no sólo por Francia, sino por Italia; tengo dos palacios, el de París y el de Provenza, que ya conocéis, por haberle visitado con mister Larreman; os ofrezco, pues, una posición envidiable, que os evitará vivir á merced de los públicos, y lo que es peor, de continuar esclavizada por mister Larreman...

—No esperaba entrar con vos en explicaciones; os diré, sin embargo, que no me conmueve la enumeración de vuestros méritos, ni el risueño porvenir con

que me brindáis. Vivo del arte, y el arte es mi vocación. Nací libre como el pájaro, y como él, aprendí á cantar por natural instinto en un país de singulares encantos, entre unos bosques vírgenes, bajo un cielo purísimo, inspirada por una naturaleza rica y espléndida. El sol andaluz recreó mis ojos; las auras primaverales orearon mi frente, y los ruiseñores de sus bosques me enseñaron á preludiar los primeros cantos populares. Me eduqué en un país hermano del mío, la hermosa Italia, de cielo brillante como el de mi patria, de naturaleza exuberante, de suaves brisas de bosques vírgenes, de recuerdos gloriosos como los recuerdos de España. Sentí al nacer las inspiraciones del arte, y me eduqué para él, y á él pertenezco por vocación irresistible; alejarme de la escena lírica, sería dejar al pez sin agua, al pájaro sin aire; fuera del arte, me moriría.

—Y sin embargo, aceptáis la esclavitud de mister Larreman.

—Mister Larreman ha sido mi protec-

tor, y á él debo cuanto valgo. Hay en esto secretos que no os debo revelar; os diré solamente que mister Larreman es bueno y yo soy con él agradecida.

—Cada vez que os escucho, llenáis de mayores deseos mi corazón; sois adorable, Mlle. Argenti.

—Y vos demasiado galante, os ruego que desistáis de vuestro empeño.

—Imposible.

—Me es indiferente; tendré que resignarme á oír á diario vuestras impertinencias.

—Habéis acabado por insultarme, pero os dispenso; estáis demasiado excitada. Os dejo; mas pensad en las consecuencias de vuestra negativa.

—¿Me amenazáis? También me es indiferente.

—Allá veremos.

Y diciendo esto, salió Mr. Perinet del cuarto de Teodora Argenti, oyendo desde el escenario que ésta lanzaba una sonora carcajada de desprecio.

IX.

—No hay medio de avenencia,—dijo Mr. Perinet á mister Larreman, que aguardaba el resultado entre bastidores;—Teodora Argenti es una plaza fuerte, que no acepta ningún género de armisticio.

—Ya sabéis lo que un sitiador decidido hace en tales casos.

—El bloqueo, ya os entiendo; rendirla á toda costa; será forzoso hacerlo.

—Creo que no estaréis quejoso de mi cooperación?

—Tampoco he logrado nada por vuestro influjo.

—Es que el contrato tiene dos partes: una la persuasión, otra la emboscada. No es posible, como veis, abordar su corazón buenamente; es materia rebelde para ello; pues me resta por cumplir la segunda parte, y esto es, precisamente, de lo que vamos á tratar. Aún queda un acto de *Los Hugonotes*; entremos en mi despacho.

SEGUNDA PARTE.

I.

Comenzaban á refrescar las mañanas, anunciando que se alejaba el otoño.

Las hojas de los árboles empezaban á ponerse amarillas, sintiendo los primeros efluvios del invierno.

Los alrededores de París eran aún visitados por sus habitantes, ganosos de aspirar las últimas brisas otoñales.

Serian las ocho de la mañana del 2 de Setiembre de 18....., cuando avanzaba por el camino que desde París conduce á Fontainebleau, un lujoso tilburí, tirado por un hermoso caballo color perla,

ejemplar rarísimo de su especie, conocido en todo París como de la propiedad de monsieur Perinet, que era el que le guiaba.

—Despacio, Colombo; no te apresures, que vamos cerca.

Y al decir esto, Mr. Perinet acariciaba á su caballo, inclinándose hasta tocarle suavemente con la mano.

No habría recorrido el vehículo la distancia comprendida por dos tiros de fusil, contando desde los últimos edificios de París, cuando Mr. Perinet, refrenando el caballo, dijo:

—Vamos, Colombo, ya estamos aquí; parece que todavía no conoces el sitio. Verdad que no has venido más que tres veces.

Mientras hablaba de este modo, bajaba del tilburí; y después de dar unos golpecitos con la mano en el cuello del animal, se dirigió á la cancela de un espacioso jardín, que rodeaba por sus cuatro lados una elegante y espaciosa casa de campo.

Antes que llegara á tirar de la cadena

de la campana, una señora gruesa, que apenas podía apresurar el paso, salió de la casa y avanzó hacia la cancela, diciendo:

—No os molestéis, señor de Perinet; voy volando.

La cancela giró, dando paso á Mr. Perinet.

—¿Cómo os va en vuestra nueva casa?,—preguntó á la señora.

—Deliciosamente; de mí, sé decir que me siento rejuvenecer; y en cuanto á Julieta, está contentísima. No hace más que ocho días de nuestra instalación, y ya tratamos esto como propio. Ved, allí viene Julieta.

En efecto, por uno de los intrincados paseos del jardín, se acercaba una muchacha, mejor dicho, una mujer, pues tendría 25 ó 26 años, aunque su rostro animado representaba mucha menos edad.

—Adiós, ingrato,—dijo á Mr. Perinet al acercarse.—Tres días sin parecer por aquí.

Y al decir estas palabras, dió un pe-

llizco descocadamente á monsieur Perinet.

— Pchs... no fuera mala penitencia venir á diario á este desierto.

— Pues yo me encuentro muy lindamente en él. Es una finca preciosa.

— Con verdad os digo, señor de Perinet, — objetó la anciana, — que habéis hecho una soberbia adquisición.

— Así, así...

Y para el objeto que os proponéis, admirable. Por aquí no se acerca alma viviente. Con razón habéis dicho que esto es un desierto.

Conviene que ante todo, lector benévolo, te diga quiénes eran los dos nuevos personajes que te he presentado.

La señora mayor, que conocerás desde este momento con el nombre de madame Hardison, frisaría en los 45 años, aunque demostraba diez más.

En su juventud fué primero suripanta, después partiquina, ascendiendo hasta característica del género bufo; pero adquirió, no se sabe cómo, una grave enfermedad que la dejó casi afónica,

teniendo precisión de abandonar la escena.

Decían malas lenguas que su casa no era lugar muy santo, y por lo visto no debía ser calumniosa la afirmación, pues su nombre se encontraba inscrito en el registro de la prefectura de policía.

Era una de esas mujeres anchas de conciencia, que sirven para todo, y que por unos cuantos francos venden su alma á Lucifer.

Sin embargo, como buena cómica, sabía revestirse de cierta majestad, y usar de lenguaje y hasta de formas elegantes.

En cuanto á la joven, que he confirmado con el nombre de Julieta era *una de tantas*.

Cuando tenía 26 años, había sido la admiración del *demi-monde* parisién.

Entonces la conoció Mr. Perinet, como hab a conocido á tantas otras, y fué algún tiempo, no mucho, la sanguijuela de su bolsillo y el entretenimiento de sus pasiones.

Pero se fué la hermosura deslumbradora, comenzó á marcar en el rostro profundas huellas el vicio, y cuando la presento á mis lectores, era una mujer nada más que aceptable, pues á través de su color pálido, de su mirada melancólica y de la flacidez de sus carnes, se traslucían detalles recónditos de belleza.

Quando Mr. Perinet buscó á madame Hardisson para llevarla á habitar la casa de campo, vivía con ella Julieta.

—Me alegro, —les había dicho monsieur Perinet, — á los dos os necesito. ¿Os convendría ir á ocupar una casa de campo perfectamente situada en el camino de Fontainebleau, con hermosos jardines, lujosas estancias y algunos criados, dándoos sobre todo esto cinco mil francos?

Dicho se está que las dos mujeres contestaron afirmativamente.

—Os advierto que habéis de seguir ciegamente mis órdenes. Se trata de cazar una tórtola de alto vuelo, pero sin

riesgo alguno por vuestra parte. Sois madre é hija. Vos os llamaréis cualquier nombre; por ejemplo, Mad. Har- disson, y sois viuda de un alto oficial de marina, de un almirante, si os parece.

Aquellas dos pájaras asintieron á todas las proposiciones de monsieur Perinet.

Y ahora, volvamos á la casa de campo.

Durante mi digresión, los tres personajes de que me ocupo habían atravesado el jardín y penetrado en la casa.

No detallaré la magnificencia del edificio.

El caprichoso Mr. Perinet había invertido un capital en amueblar aquella morada, dotándola de todas las comodidades apetecibles, de todos los detalles del refinamiento y del lujo parisien.

Á primera vista, y fijándose en ciertas habitaciones íntimas, cualquiera creería indudablemente que aquello era un nido de amor, el retiro de una mujer

elegante, de una reina de la moda, allí guardada para delicia de algún afortunado millonario.

Sin embargo, en la casa no vivían más personas que Mad. Hardisson, su hija Julieta, una doncella y un criado.

Cuando los personajes de mi narración se hallaron á solas en una de las habitaciones bajas, monsieur Perinet preguntó:

—¿Con que han venido dos veces?

—Exactamente.

—Os supongo discretas hasta el punto de haberle inspirado confianza.

—Absoluta; no abriga la más ligera sospecha. Por supuesto que el señor de Larreman nos ayuda con la mayor eficacia. ¡Buen pez está el señor de Larreman!

—No se os permiten apreciaciones de ningún género.

—Está bien; no os incomodéis.

—Ahora, oid bien lo que voy á deciros. Mañana, á esta misma hora, deben venir á haceros una tercera visita; estoy de acuerdo con mister Larreman; como

de la entrevista conmigo no deben enterarse los criados, mañana les despediréis de la casa con cualquier pretexto.

—Lo comprendo todo, señor de Perinet.

Durante este diálogo, en el que apenas tomó parte Julieta, Mr. Perinet arregló un poco su *toilette*, ayudado por aquella, diciendo al retirarse:

—Por si tenéis que hacer gastos de cierta clase, ahí os dejo 200 francos. Esperadme mañana una hora antes que á mister Larreman y á su bella protegida.

Después de esto, montó en su tilburí, fustigó suavemente á Colombo, y partió á escape con dirección á París.

II.

A las siete de la siguiente mañana, el landeau de Mlle. Argenti estaba esperando á sus dueños á la entrada del hotel de la calle de Richelieu.

La doncella, llamando suavemente en la puerta del tocador de la *prima donna*, le dijo:

—El señor de Larreman espera vuestras órdenes.

—Salgo en seguida, — contestó Teodora.

Cuando subían al landeau, Mlle. Argenti decía á mister Larreman:

—Os aseguro que no tenía gran deseo

de pasear esta mañana; lo hago únicamente por complaceros; no me siento bien, y creo que el aire de la mañana, que ya comienza á refrescar, no ha de serme favorable.

—Al contrario; tengo por cierto que ha de aliviarnos; nos dirigiremos hacia Fontainebleau; el paisaje es hermoso por este punto, y si al pasar estuviesen ya levantadas Mad. Hardisson y Julieta, haremos allí un poco de descanso.

Y castigando al brioso caballo, partió el landeau rápidamente, dirigiéndose hacia el camino de Fontainebleau.

Mlle. Argenti no pronunció durante el trayecto más que breves palabras.

Sin explicarse la causa, sentía un extraño malestar, un abatimiento inexplicable, que en vano trataba de hacer desaparecer mister Larreman, llamándole la atención sobre la hermosura del campo, la grandeza de los bosques de Bologna que se destacaban á lo lejos, el risueño aspecto de las casas de campo, colocadas caprichosamente junto al camino de Fontainebleau, la frescura del

ambiente matinal y otros mil atractivos, en que no paraba mientes la famosa artista.

Poco antes de llegar al hotel de madame Hardisson, mister Larreman, levantándose sobre el asiento, exclamó:

—¡Calle!; allá veo á la noble madame Hardisson regando unos recuadros. Mucho madruga la buena señora; en el campo amanece más de mañana.

—Si viérais qué poco me complace Mad. Hardisson! Hallo en su modo de ser algo indefinible. Y en cuanto á su hija, me parece bastante amable; quizá exagera su afabilidad.

—Comprendo vuestra extrañeza; aún no las habéis tratado lo bastante; pero ya os convenceréis de que son unas excelentes personas.

Y como al decir estas palabras llegarán frente al hotel de Mad. Hardisson, mister Larreman hizo parar al carruaje y echaron pie á tierra, entregando las riendas al lacayo.

La buena señora, fingiendo suma extrañeza de ver un landeau en la puerta

del jardín, soltó el regador con que refrescaba unas plantas de azucenas, y avanzó hacia la cancela.

—¿Cómo por aquí tan de mañana?— dijo al ver á los dos viajeros.

—Como las mañanas son aún bastante agradables, hemos salido á gozar de la frescura. Nos permitiréis descansar un instante. Mlle. Argenti viene algo molesta...

—Pasad, pasad; ¡Cuánto lamento la indisposición de mademoiselle Argenti! Sólo siento no poderos ofrecer tan de mañana la asistencia que merecís. Los criados han ido á París, y hasta el jardinero ha dejado hoy de cumplir su deber. Ved, yo misma he tenido que refrescar estos cuadros de azucenas, que se estaban muriendo. Pero Julieta, que na sale; ¡Julieta, Julieta!

La joven se presentó en el dintel de casa, corriendo, apenas vió á los viajeros, á saludar á Mlle. Argenti.

—Hacedme la bondad de subir al primer piso,—dijo Mad. Hardisson.—Algunas mañanas son ya demasado fres-

cas, y hemos abandonado las habitaciones bajas.

Y conducidos por Mad. Hardisson, subieron al piso principal, causando el asombro de Mlle. Argenti la vista de aquellas habitaciones decoradas con un lujo verdaderamente palatino.

Verdad que el aspecto de Mad. Hardisson y de Julieta, cuando recibían la visita de Mlle. Argenti, era también espléndido.

Vestía la buena señora su falda de seda gris oscura con adornos de terciopelo, manteleta de raso negro, y cofia de grandes hojarascas; podía pasar muy bien, y pasaba, en efecto, por la viuda de un almirante.

Julieta vestía un lindísimo traje blanco, tan sencillo como elegante, y un rico *matiné*.

Lucía hermosos pendientes de brillantes, gargantilla de gruesas perlas y brazaletes de oro y rubíes.

Este lujoso atavío, realzado por una estudiada elegancia, reliquia de sus buenos tiempos, daba á Julieta el as-

pecto de una señorita coqueta y pretenciosa, de esas que han llegado á los veintiocho sin casarse, por no abandonar las comodidades y los mimos de su casa.

Madame Hardisson hizo atravesar á sus huéspedes numerosas habitaciones, hasta llegar á un gabinete situado en la parte posterior del hotel, donde tomaron asiento.

Esta habitación no tenía, al parecer, más puerta que la que había dado paso á los visitantes, y un balcón que caía al jardín; el mobiliario era excelente.

—¡Creeréis que me siento cansada!... hemos subido demasiado de prisa, —dijo Mlle. Argenti.

—Aquí os repondréis de esa pequeña molestia, —objetó Julieta. — Ved qué alegre es este balcón; el paisaje es hermoso.

En tanto que las jóvenes se distraían en la contemplación de tantas maravillas, Mad. Hardisson y mister Larreman cambiaron furtivamente algunas palabras, que no pudieron llegar á los oídos de Mlle. Argenti.

Mister Larreman dijo levantándose:

—Me permitiréis, señoras mías, que os abandone un instante. Voy á hacer un cigarro en los pasillos.... Sé que á Mad. Hardisson le molesta.

—Sa il en hora buena, señor de Larreman. Mucho que os agradezco la atención.

Mister Larreman salió al punto del aposento.

Mlle. Argenti estaba intranquila, nerviosa, presa de un abatimiento profundo.

Hay momentos en que el ánimo se apena y el cuerpo se abate por un secreto pesar; suele tener el alma extraños presentimientos que la entristecen, y presagios de desdichas que la amenazan.

Mlle Argenti se dejó caer en un diván con desaliento.

—Os habéis puesto lívida,—exclamó Julieta, rodeando con su brazo derecho el cuerpo de la diva.—¿Estáis peor? Os haré un tónico, y esto pasará al instante.

Y á pesar de las protestas que hizo Teodora, Julieta corrió inmediatamente á preparar la poción que había indicado, dejándola á solas con Mad. Har-
disson.

III.

Veamos lo que hizo mister Larreman cuando pretextando fumar un cigarro salió del gabinete.

Como si conociera la casa perfectamente, salió á los pasillos, torció á la derecha, cruzó tres habitaciones y penetró en una especie de despacho. Allí estaba esperándole Mr. Perinet.

—¡Al fin!,—exclamó, viendo entrar á mister Larreman.

—¡Al fin!,—respondió éste, sentándose con tranquilidad en una butaca.

—Os he sentido entrar; he percibido todos vuestros movimientos, he oído

débilmente la voz de Teodora, y me hallaba poseído de una gran impaciencia.

—Pues ya tenéis al pájaro en la jaula, y por lo visto, un tanto receloso. Os advierto que habéis de véros las con una fierecilla domesticada, aunque de malos instintos. Cuando hayáis librado la batalla, os contaré su historia; ahora estáis demasiado impaciente, y es muy posible además que mi relato os quite en parte vuestras ilusiones.

—No necesito que me expliquéis absolutamente nada; esto es hecho.

Y sacando del bolsillo interior de su guarda-polvo una cartera, entregó á mister Larreman un cheque contra el Banco de Francia, diciéndole:

—Ahí tenéis los 600.000 francos convenidos. Habéis cumplido por vuestra parte la palabra empeñada; lo demás corre de mi cuenta.

Y al decir esto se despojó del sobre todo, despues de guardar la cartera en el bolsillo de su chaquet.

—Aquí podéis esperar el resultado,

—continuó diciendo,—aunque no os supongo con ganas de leer, ahí ¡tenéis libros; no sé el tiempo que podré tardar, pero no creo que será mucho; esto debe resolverse prontamente.

Y abriendo una puerta que conducía á un dormitorio admirablemente dispuesto, señaló á otra puertecita secreta.

—Desde aquí oigo yo la voz de Teodora,—dijo á mister Larreman,—esa puerta conduce á la habitación donde se encuentra. Dispensad si cierro por dentro; todas las precauciones son pocas.

Mister Larreman quedó solo en el despacho.

—Ya no tiene remedio,—dijo paseándose por la habitación;—si el demonio sigue ayudándonos, completo la jugada. Yo no podía, dado mi temperamento y mi carácter, ejercer actos de violencia con esta mujer; entre sus caricias y una cartera de billetes, no era audaz la elección; he optado por lo segundo. Ella tiene una obligación firmada conmigo para cantar tres años; no creo que pueda rescindirla aunque comprenda mi

traición; ni esta se me puede probar, ni puede ser causa legal de rompimiento de contrato; creo que he hecho un negocio redondo.

Y después de una pausa, continuó:

—Todo esto es colocarme en la peor situación; porque bien puede suceder que Teodora, viéndose sitiada é indefensa, se rinda á discreción; las mujeres son veleidosas... y sobre todo, que los millones de Mr. Perinet son argumentos de fuerza irresistible.

Y siguió paseando impaciente por el aposento.

IV.

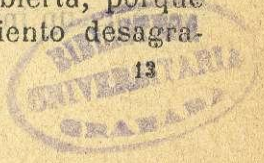
—Cuando Julieta salió del gabinete, Teodora dijo á Mad. Hardisson:

—Daría de buena gana un paseo por el jardín; creo que esto se me pasaría.

—De ningún modo,—objetó violentamente la anciana;—el aire frío siempre os perjudicaría. Por el contrario, creo prudente cerrar estos cristales.

Y después de hacerlo, echando bien los pasadores, continuó:

—Seguramente debe haber alguna puerta de los pasillos abierta, porque penetra hasta aquí un viento desagra-



dable, que sin duda os molesta; dispensad, voy á cerrarla.

Y saliendo del gabinete, cerró prontamente la puerta, haciendo correr la cerradura, cuyo ruido estremeció de pies á cabeza á Teodora Argenti.

Levantóse toda convulsa, con el propósito de abrir el balcón y pedir socorro, convencida de que se intentaba contra ella una infame emboscada, cuando se abrió una puerta secreta, la misma que ya hemos señalado, y penetró en la estancia Mr. Perinet.

Teodora cayó en un diván, acometida por una congoja, apenas vió entrar á su eterno perseguidor.

—Perdonad, Teodora,—dijo Mr. Perinet con afectada dulzura;—os ruego que ante todo os tranquilicéis, y me concedáis el honor de escucharme.

—Sois un mal caballero, un miserable,—dijo Teodora reponiéndose de su sobresalto;—no cabe en hombre alguno vileza semejante.

—Os ruego que me escuchéis.

—Es inútil que tratéis de convencerme; sois un infame, y os desprecio. Si

tratáis de apelar á la fuerza, me defenderé con la fuerza de la desesperación. Jamás pude sospechar que quien se precia de caballero descendiera al terreno del seductor despreciable, del íncuo ladrón de honras.

—Os digo que os conviene oirme, para haceros cargo de vuestra situación. Estáis en una casa que es mía, con gente por mí pagada, y sin la protección de mister Larreman, que es mi cómplice; es inútil, por lo tanto, que gritéis; nadie ha de oiros, pues estas habitaciones están situadas en la parte posterior de la casa, y no podrán llegar vuestros gritos al camino de Fontainebleau. Estáis completamente sola para la lucha, y no creo que abriguéis la temeridad de rechazar con la fuerza mis pretensiones, pues por razón natural debo salir victorioso, dispuesto, como estoy además, á no desaprovechar esta ocasión, á tanta costa lograda.

—¡Miserable!

Acabad de oirme. Estáis en el caso de una plaza fuerte, sitiada por un enemi-

go poderoso; luchar fuera locura, y en tal caso, aconseja la prudencia un armisticio honroso.

—Nunca es honroso el armisticio, cuando se ha de sacrificar la honra misma, y es injusto el derecho del sitiador. El honor del sitiado no debe aceptar sino dos términos: ó la victoria en lucha desesperada, ó la muerte.

Y al contestar así, Teodora Argenti había pasado de la palidez nerviosa al rubor púdico, y su apostura noble y digna, le daba el aspecto de una matrona numantina, rechazando majestuosa las pretensiones del invasor cartaginés.

—Os andáis por el campo de las teorías; tenéis una educación demasiado idealista; estáis en el cielo de las ilusiones, y hay que descender al terreno de los hechos. En este momento sois mi esclava, destinada á satisfacer mis caprichos; sólo podrá libraros de mi poder la muerte; y la muerte.... ni vos os la podéis dar, ni yo quiero dárosela, porque os amo demasiado. Deponed esa

actitud violenta, y medita la excelente posición que os ofrezco. ¿Queréis continuar cultivando el arte? Yo no opongo resistencia. Viviréis en este hotel, completamente libre, donde no seréis molestada por las murmuraciones del mundo parisién; saldréis de él solamente para asistir al teatro de la Ópera italiana; todos creerán que el hotel es vuestro, porque nadie sabe que es mío, y yo no os visitaré más que cuando vos queráis, cuando nadie absolutamente pueda ser testigo de nuestra dicha.

—Yo no puedo ser, porque mi honor lo rechaza, vuestra manceba, ni ya puedo ser tampoco vuestra esposa; entre los dos hay una valla insuperable que vos habéis puesto con vuestro indigno proceder. Es tan vergonzosa esta emboscada, tan inaudita la traición de mister Larreman, tan ruines los medios de que os valéis, que mi alma está llena de indignación, mi cuerpo se rebela contra vuestros torpes deseos, y yo misma no concibo cómo tengo prudencia para escucharos, sin que vuestra maldita lengua

salga hecha pedazos entre mis manos. Ved, señor de Perinet, que tengo mucho de fiera indomable; que hierva entre la sangre de mis venas a'go de los innobles instintos de la raza gitana á que pertenezco; dejadme salir honrada, que acaso el tiempo os conceda lo que seguramente no lograréis ahora, como despojo de una lucha desesperada.

—No tratéis de engañarme con lejanas promesas. Sería un imbécil, si teniéndoos en mi poder os dejara en libertad; candidez tan extremada, ni yo mismo me la perdonaría. Además, no es la presa tan despreciable que se la pueda dejar escapar impunemente; valéis mucho, y este triunfo será la mejor corona de mis hazañas.

Y al decir esto, asomaba á su rostro una sonrisa irónica, que acabó de colmar la indignación de Teodora.

—¡Sois un infame!,—exclamó la diva, sintiendo afluir á las sienas toda su sangre.

Y ciega de ira se arrojó sobre monsieur Perinet, infiriéndole en el rostro

una ruidosa bofetada, que tornó lívido al cínico seductor.

Pero como si aquel exceso de energía hubiera agotado las fuerzas de Teodora, esta dió algunos pasos hacia atrás, vacilando como un beodo, y cayó sobre el pavimento acometida de una convulsión espantosa, horrible, que la hacía estremecerse con enormes sacudidas.

Mr. Perinet retrocedió alarmado.

Teodora se agitaba en el suelo, presa de contorsiones desesperadas; con sus crispadas manos hacía pedazos los encajes del pecho, hasta dejar al descubierto el seno, que se levantaba con rapidez vertiginosa, como si el aire de los pulmones fuera escaso para la respiración.

De pronto hizo el cuerpo una sacudida horrorosa y cayó sobre el pavimento, quedando rígido é inmóvil; por los amoratados labios de Teodora brotó un raudal de espuma sanguinolenta, que salpicó de rojas manchas el cuerpo.

Mr. Perinet, el seductor osado, el eterno galanteador parisién, el que había

mancillado tantas honras, sintió miedo ante el cuerpo inerte de la *diva*, y se avanzó á la puerta con desesperación, aturdiendo el hotel sus voces de socorro.

Mad. Hardisson se presentó al instante, y toda sofocada penetró en el gabinete.

—¡Al fin!,—dijo á Mr. Perinet, viendo en el suelo á Teodora.—Ya se conoce que ha habido resistencia; pero al cabo...

—¡Esa mujer se muere!,—gritó monsieur Perinet, sin oír las palabras de su cómplice.

—No os sofoquéis; será un vahido sin consecuencias; haciéndola oler alguna esencia, se le pasará; después de todo, esto es natural; tengo experiencia, y sé lo que son estas cosas.

Y diciendo esto, trató de levantar el cuerpo de Teodora.

Pero al fijarse en su rigidez y en las manchas sanguinolentas del traje, hecho pedazos, lo soltó llena de horror, exclamando:

— ¡Señor, qué habéis hecho! ¡Esta mujer está muerta!

Mr. Perinet, sin responder una palabra, huyó cobardemente de la habitación, y abandonó el hotel, cruzando como un loco más de cien metros de sembrados; á la entrada de un pequeño bosque estaba su tilburi; un lacayo tenía del freno á Colombo; Mr. Perinet saltó al carruaje, y dijo al lacayo:

— Volando, á casa.

Mr. Perinet, abandonó también el hotel, con el propósito de pedir socorro como mujer práctica en lo que se refiere á la vida, y pensó.

Pues señor, está el mundo un hecho de la vida, y tendrá que entrar en el mundo de la vida. Afortunadamente, tuvo la gracia de copiar por adelantado mis honorarios, y lo que me conviene es ponerme á cubierto de la desgracia de la vida.

Y volando y haciendo, llegó á Julie.

— Señor, que habéis hecho de esta
 mujer esta infeliz!
 Mr. Perinet, sin responder nada, se
 fue, luego cobardemente de la habita-
 ción, y abandonó el hotel, cruzando los
 brazos, y abandonó más de diez veces de sus
 brazos á la entrada de un pasadizo
 porque estaba su libertad, un lacayo de
 una delirante a Colombia, Mr. Perinet
 salió al carruaje, y dijo al lacayo:
 — Volvendo á casa.

Mad. Hardisson, cuando vió huir á Mr. Perinet, abandonó también el gabinete, con el propósito de pedir socorro; pero como mujer práctica en fechorías de esta índole, apenas salió á los pasillos se refrescó un tanto, y pensó:

—Pues señor, esto ha tenido un desenlace imprevisto, y tendrá que entender del lance la justicia. Afortunadamente, tuve la precaución de cobrar por adelantado mis honorarios, y lo que me conviene es ponerme á cubierto de las pesquisas de la policía.

Y diciendo y haciendo, buscó á Julie-

ta que, extraña á todo esto, preparaba la poción tónica recostada en un diván con indolencia, y le dijo:

—Hay que huir á todo escape. Mr. Perinet ha hecho una atrocidad con esa pobre señora, y la ha dejado arriba casi exánime.

Julietta se alarmó; recogieron ambas *todo lo que hubieron á mano*, y salieron al camino.

Tentaciones sintieron de ocupar el landeau de mister Larreman, que aguardaba junto á la cancela; pero comprendiendo que era una imprudencia, dejaron dormir al lacayo sobre su asiento, y se apartaron á un lado del camino.

—No es conveniente llegar á pie hasta París,—dijo Julietta;—nuestro traje lujoso y este equipaje que conducimos, darían tal vez que sospechar á los gendarmes.

Como el diablo ayuda á los pícaros, á poco de estar las dos mujeres perplejas sin saber qué partido tomar, acertó á pasar un carruaje con dirección á París.

Iba vacío, y era de alquiler; todo lo que podían desear aquellas desdichadas.

Veinte minutos después, se bajaban ante una casa de mediano aspecto, en el boulevard de Sebastopol, orgullosas de llevar 5.000 francos en buenos billetes, como recompensa de su infamia.

VI.

Pero volvamos á la casa de campo, porque querrán saber mis lectores el desenlace de la funesta emboscada de Mr. Perinet.

Mister Larreman permanecía en el despacho del hotel, receloso y preocupado, extrañando la tardanza de madame Hardisson en comunicarle el resultado de aquella traidora aventura. Así que, se atrevió á salir á los pasillos, pues le había parecido oír voces extrañas en demanda de socorro.

Avanzó cautelosamente, sin hallar á nadie, y llegó hasta la puerta del gabinete. Su primera idea fué sospechar si

habrían abandonado todos la casa, incluso Teodora; después creyó que ésta y Mr. Perinet habrían firmado el armisticio y estarían departiendo amigablemente; pero cuando penetró resueltamente en el gabinete, retrocedió espantado, viendo á Teodora completamente inmóvil, y con todos los indicios de haber sido víctima de un brutal atropello.

Su primer impulso fué huir del hotel; pero comprendiendo que aquella desgraciada podía necesitar auxilio, se acercó á ella entre medroso y decidido, y puisándola con recelo, notó que aún daba señales de vida. Reconoció el cuerpo, y no encontró señales de herida alguna; comprendió que era presa de un accidente peligroso, y lanzándose fuera de la habitación, recorrió varios aposentos hasta encontrar en el tocador de Julieta un botecito de éter; volvió rápidamente y lo hizo aspirar á Teodora, que se estremeció ligeramente, quedando otra vez inmóvil.

Entonces mister Larreman recordó que una puerta secreta comunicaba con

el dormitorio; reconoció el gabinete, hasta dar con ella, y empujándola violentamente estableció la comunicación. Cogió en brazos á Teodora, y con gran cuidado la dejó sobre el lecho.

Aquel hombre miserable comprendió entonces toda la enormidad del crimen de que había sido cómplice; y al mirar el aspecto horrible de aquella mujer, antes tan hermosa, sintió conmoverse su corazón de hiena, y las lágrimas pugnarón por escaparse de su ojos.

Él la había sacado de la miseria, él la había educado, él la ayudó á subir al templo de la fama, él había sentido orgullo de ejercer su potestad sobre aquella reina del arte y de la hermosura, él la quería al fin, y sintió, como es natural, sobre su conciencia el peso abrumador de los remordimientos.

Aquella infeliz respiraba apenas, y necesitaba los auxilios de la ciencia; reflexionó un instante, y bajando con rapidez donde aguardaba el landeau, gritó al lacayo, que aún dormía como un bendito:

—¡Despierta, imbécil!

El lacayo saltó sobre el pescante, diciendo medio aturdido:

—Cuando queráis, señor.

—Corre á París, — le dijo mister Larreman, — y conduce inmediatamente hasta aquí al doctor Carducci. Es urgente su presencia.

El lacayo fustigó al animal, que partió como un venablo por el camino de Fontainebleau.

VII.

—No os puedo asegurar nada acerca de su estado. La crisis gravísima por que atraviesa, puede tener un desenlace funesto. El plan curativo que deo indicado, nos dirá si tenemos ó no esperanza; buscad una buena enfermera, y confiemos en los decretos de la Providencia; sólo un milagro puede salvarla.

—¿De modo, que no creeréis prudente trasladarla á nuestro hotel de la calle ne Richelieu?

—Es absolutamente imposible. Su estado no permite locura semejante. Aho-

ra bien, y para que la ciencia sepa á qué atenerse en esta enfermedad, yo os suplico, señor de Larreman, que me indiquéis las verdaderas causas de este accidente, que en tan grave peligro pone á Mlle. Teodora. Sed explícitos, y tened en cuenta que la gravedad de vuestro relato será como secreto de confesión para este sacerdote de la medicina.

Entonces mister Larreman refirió al doctor Carducci toda la infame asechanza de que había sido víctima Teodora, presentándose él también como engañado por Mr. Perinet.

—Solíamos venir,—dijo Larreman,—algunas veces á esta quinta, propiedad de Mr. Perinet, donde éramos recibidos con extremada afabilidad por una señora mayor, persona respetable, que Mr. Perinet nos presentó como hermana de su madre, y por una señorita muy discreta, que hacía pasar por su prima. Y hablo en esta forma, porque en virtud del escandaloso abuso de que hemos sido víctima, yo sospecho que se trata de dos perdidas. Esta mañana vi-

nimos, como de costumbre, y nos condujeron á este gabinete las dos señoras indicadas. Tuve que salir al poco rato de esta habitación, no recuerdo á qué asunto, y entre tanto Mr. Perinet, que estaba oculto en ese dormitorio, penetró en la habitación; huyeron las dos señoras de la casa, dejando solos á Teodora y á Mr. Perinet, y... lo demás sólo podrá referirlo ella misma, puesto que, para mí, es un misterio lo que aquí ha ocurrido.

Este mal fraguado relato, hecho por mister Larreman con afectación marcadísima y completamente aturdido, alarmó al doctor; pero tuvo prudencia suficiente para disimular su extrañeza. Sin embargo, se atrevió á preguntar:

—Me parece extraño que ignoréis lo ocurrido entre vuestra protegida y monsieur Perinet, y en cambio sepáis, que éste se encontraba oculto en el dormitorio.

Mister Larreman se descompuso más aún; pero contestó con fingida serenidad:

—Es una suposición mía, porque yo no le ví por los pasillos cuando salí del gabinete; de donde deduzco que debió ocultarse en esa habitación; y en cuanto á que ha venido él, lo ha manifestado Teodora con frases incoherentes, que dejó escapar cuando la dí á oler un poco de éter.

La astucia de mister Larreman no tenía punto de comparación. Pero el doctor Carducci, que sabía firmemente que la enferma no podía haber articulado una palabra, dada la gravísima congestión que padecía, se arraigo más y más en sus sospechas.

—Dentro de tres horas,—dijo,—volveré otra vez al lado de la enferma. Yo mismo me encargo, puesto que voy á regresar á París en vuestro landeau, de hacer que vengan cuanto antes la doncella de Mlle. Teodora y dos criados. Vigilad vos entre tanto.

Y salió de la habitación.

Media hora después, estaban á la cabecera de la enferma su fiel doncella Marieta, joven discretísima, que amaba

á Teodora con veneracion, y dos criados de confianza; e los mismos habían llevado de París los medicamentos recetados por el doctor.

En cuanto á mister Larreman, tan luego como pudo regresó á París, no sin decir antes á la doncella:

—Te prohibo en absoluto que comuniques al doctor cuanto diga tu señorita en el delirio de la fiebre; si así lo haces, recompensaré tu lealtad; de lo contrario, te arrojare de la casa. No permitas que el doctor, ni nadie, penetre en el dormitorio, en tanto que yo no esté presente; si el doctor Carducci insiste en ver á tu señora, impídelo con cualquier pretexto ó arrójalo de la casa. Yo estaré de vuelta, sin embargo, antes que él regrese.

La doncella quedó hecha un mar de confusiones, sin hallar la explicación de aquel misterio.

VIII.

Aquella noche apareció un aviso sobre el despacho de billetes del Teatro de la Ópera italiana, donde se decía que, por indisposición repentina de la *prima donna* Mlle. Argenti, sería sustituida aquella noche en la representación de *Sonámbula* por otra primera tiple de reconocido mérito.

Los comentarios que se hicieron á este aviso, fueron á cual más descabellado y extravagante, dando motivo á tales versiones la noticia que había circulado por los altos centros de París sobre un funesto accidente acaecido á

la *prima donna* en un paseo matinal por las afueras de la villa.

Nadie sabía la verdad; y sin embargo, algo había de cierto en el asunto, cuando Teodora Argenti no cantaba una de sus óperas favoritas.

Pero el que hubiera penetrado en uno de los palcos principales de la derecha, acaso sorprendería algo de la verdad. Este palco era el de la embajada inglesa, y en él se veían á lord Petengui, embajador de la Gran Bretaña en París; á su esposa, que era un prodigio de hermosura, á pesar de sus 35 años; á dos hijas de ambos, Victoria y Fani, preciosos pimpollos de 15 y 17 años; á Mr. Francillon, á Mr. Verdiner, á monsieur Clemenceau y al doctor Ladevesse.

Acabado el primer acto, durante el cual penetraron en el palco algunos de los citados personajes, la conversación recayó, como era de rigor, en la indisposición repentina de Mlle. Argenti.

Cada uno emitía su opinión sobre el acontecimiento de la noche, opiniones

que escuchaba con una sonrisa muy significativa Mr. Francillon.

—Permitidme señores, — dijo, — que exprese de este modo mi extrañeza, al oiros divagar tan fantásticamente sobre la repentina enfermedad de Mlle. Argenti. La verdad del hecho no la sabe nadie... más que yo.

Y al decir esto con marcada pedantería, paseó su mirada orgullosa sobre los rostros de sus interlocutores.

—Pues contad, contad, — dijeron á un tiempo todos los hombres.

—El asunto está íntimamente relacionado con nuestro contertulio Mr. de Perinet. ¿Supongo, señores, que lo echaréis de menos esta noche?

Todos los tertulianos se miraron con asombro.

—El relato es de cierta gravedad y de tonos un poco duros, por lo que yo suplicaría á las señoras nos permitieran retirarnos al antepalco.

La embajadora y sus hijas manifestaron su aprobación con una leve inclinación de cabeza.

Ya en el antepalco, Mr. Francillon dijo á sus oyentes:

—Ya conocéis, señores, porque lo sabe todo París, las pretensiones de Mr. Perinet hacia Mlle. Argenti, que ya hicieron una víctima en el tenor Alberto Ugolini, cuyo duelo apadrinamos.

—Al asunto, al asunto, —dijeron los confidentes.

—Comprendiendo Mr. Perinet que por el camino de las simpatías era inabordable la *prima donna*, ha fraguado contra ella una extratagema de mucha diplomacia...

Al oír lo de *diplomacia*, el embajador redobló su atención.

—Por supuesto, que nadie es capaz de descifrar el misterio, —continuó diciendo Mr. Francillon,—y si yo lo sé, es porque Mr. Perinet acaba de referírmelo en su casa bajo secreto, que traslado á ustedes con la condición precisa de no salga de aquí.

Todos prometieron la mayor reserva... hasta salir de allí.

—Pues bien; Mr. Perinet había com-

prado en buen precio una casa de campo cerca de París, donde hizo venir á dos pícaras, con nombre supuesto y con gran lujo. Allí solía ir de visita mademoiselle Argenti, que había simpatizado con las farsantas. Cómo y de qué manera, no me lo ha dicho Mr. Perinet; pero yo lo he adivinado, y esta es la parte grave del asunto. Esta mañana, Mlle. Argenti fué, como otras veces, á la casa de campo, y allí la sorprendió Mr. Perinet. Él me ha afirmado que Teodora fué acometida de un grave accidente antes de que pudiera lograr sus deseos; pero esto no deja de ser un rasgo de delicadeza de Mr. Perinet, que no ha querido comunicarme los detalles íntimos de la conquista, porque esto ataca directamente al decoro de la *diva*. Á mí no me queda duda, pues conozco el carácter de Mr. Perinet, que consiguió sus propósitos después de una reñida batalla que, como es natural, tendrá indispuesta en el lecho á Teodora Argenti.

Todos los circunstantes coincidieron

en el mismo parecer de monsieur Francillon.

—Lo que no comprendo,—objetó el embajador,—es de qué trazas se ha valido Mr. Perinet para engañar también á mister Larreman.

—Yo creo que el engañado ha sido Mr. Perinet,—contestó Mr. Francillon,—y esto es lo que no ha querido contarme Mr. Perinet, pero que yo he adivinado.

Y bajando la voz, y dando á su manifestación la solemnidad que requería, añadió:

—Mister Larreman ha debido ser cómplice de Mr. Perinet; y no por mera complacencia, sino con su cuenta y razón; aquí han jugado el principal papel algunos miles de francos.

El embajador inglés protestó de esta afirmación; el espíritu de nacionalidad lo obligaba á disculpar al empresario del coliseo; además, mister Larreman había *regalado* galantemente el palco á la embajadora.

—Sea de ello lo que quiera,—continuó

Mr. Francillon,—ello es que el lance ha debido ser serio, porque Mr. Perinet está en el lecho desde esta mañana, con marcados síntomas de fiebre.

Á esta altura llegaba la conversación, cuando se alzó el telón y comenzó el acto segundo.

Durante él se dedicaron á visitar los palcos y plateas conocidos, los contertulios del embajador, divulgando *en secreto* la confidencia de monsieur Francillon.

La versión fué sufriendo modificaciones, como ocurre en tales casos; y al salir del coliseo los asistentes al espectáculo, dos *diletanti* hacían el siguiente comentario:

—¿Sabéis lo que acaban de decirme *en secreto* sobre la indisposición de la *prima donna*?

—Referídmelo, á ver si coincide con la versión que me han comunicado.

—Pues según dicen, la *prima donna* y ese impertinente Mr. Perinet, tenían relaciones hace tiempo, y se visitaban en un hotelito de las inmediaciones de Pa-

rís, que habían convertido en nido de sus amores, huyendo de la vigilancia de mister Larreman; y esta mañana, porque él se negaba á facilitarle una fuerte suma, según unos, y según los mejor informados, por celos fundadísimos que Mr. Perinet tenía en la *diva*, ha habido entre ambos un escándalo formidable, del que ella ha resultado gravemente herida.

—Pues á mí me han dicho que mademoiselle Argenti fué allí engañada por mister Larreman, que estaba en connivencia con Mr. Perinet, dueño del hotelito; que ella no quiso acceder á las pretensiones de Mr. Perinet, y que éste, en un momento de locura, la ha herido gravemente, hasta el punto de que á estas horas es posible que haya muerto.

—Os juro que lo sentiría, porque no se volverá á oír en París en mucho tiempo una voz semejante.

—Ni se verá una hermosura más deslumbradora.

Es mucha suerte la de ese imbécil de Mr. Perinet.

Y así continuaron los comentarios, hasta el punto de que á la mañana siguiente el hecho era divulgado con los más fantásticos detalles por los últimos boulevares de París.

IX.

La solícita doncella de Teodora no se dió punto de reposo hasta administrar á su señorita la poción recetada por el doctor Carducci.

Con la ayuda de una criada vieja, antigua servidora de mister Larreman, pudo abrir violentamente la boca á la enferma, cuya rigidez no había desaparecido, haciéndola beber tres cucharadas.

Esperó media hora, sin que el cuerpo se animase, y volvió á administrarle otras dos; á los quince minutos se animó Mlle. Argenti, y bañó su cuerpo un

sudor copioso, que la doncella procuró conservar, arrojando cuidadosamente á la enferma.

La poción fué repetida de media en media hora, hasta que regresó el doctor.

Éste pulsó á Teodora, y recetó otra medicina.

—Á ver,—dijo,—que vaya un criado inmediatamente á París por esto; abajo está mi carruaje; no ha de tardar en la vuelta ni veinte minutos.

Pero viendo que la doncella permanecía inmóvil con la receta en la mano, exclamó:

—¿Qué haces ahí, muchacha?; ¿no oyes que es urgente?

—Señor,—replicó tímidamente Marieta,—es que no hay para la medicina; el señor de Larreman no ha dejado dinero...

—¡Infame!,—dijo por lo bajo el doctor.

Y dando un billete á la doncella añadió:

—Ahí tienes cien francos.

—Señor, —objetó Marieta con timidez, —¿y si no pareciere bien á mis señores...?

—¡Toma y calla, imbécil! ¿Vamos á dejar morir á la enferma?

—La doncella tomó el billete, y salió á toda prisa en busca del criado.

—Cuando volvió á la habitación, el doctor, cerrando la puerta del gabinete, quedó á solas con Marieta, á la que dijo:

—Yo sé bien, porque hace dos años visito la casa, que tú eres la doncella de confianza de Mlle. Teodora, que la quieres bastante, y que ella te corresponde.

—Es verdad, señor; este accidente de mi señorita me ha impresionado mucho.

—Pues oye, para que comprendas la gravedad de la situación y no titubees en prestarme tu concurso, lo que aquí ha sucedido:

Y el doctor Carducci refirió á Marieta todo lo que ya saben los lectores, recargando mucho la traición de mister

Larreman, suprimiendo algunos detalles, que ni por conjeturas podían serle conocidos.

La doncella que se había impresionado vivamente con el relato, exclamó:

—¡Pobre señorita mía! ¡Qué desgracia tan grande!

—Ya comprenderás cuánto nos interesa unir nuestros esfuerzos para remediar en parte las consecuencias de esta infamia. Si tu señor ha hecho traición á Teodora, si la ha vendido inficuamente á un desalmado para que la deshonre y asesine, no puede esperarse de él nada bueno; es posible que, ya en la pendiente del crimen, intente ocultar este hecho, acabando con la vida de tu señora.

—¡Qué horror!, — exclamó la doncella.

Comprenderán los lectores que el doctor Carducci aumentaba deliberadamente los detalles del suceso y la enormidad del crimen cometido por mister Larreman, para decidir á su favor á la doncella y poner en práctica un plan

de castigo hacia los autores de aquel delito.

Conviene que diga cuatro palabras, antes de pasar adelante, acerca del doctor Carducci, ya que no era muy apropiada para hacer presentaciones la escena del desafío entre Mr. Perinet y Ugolini, en la que apareció por primera vez este personaje.

El doctor Carducci era hombre de 45 años, alto, robusto y simpático.

Había sido médico por vocación, por amor á la ciencia, y tanto llegó á profundizar en ella, que logró adquirir el dictado de sabio.

París entero le conocía y respetaba por sus excelentes prendas morales y su trato agradabilísimo.

Caritativo en sumo grado, visitaba él solo más enfermos pobres que todos los demás médicos de París, socorriéndolos, después de visitarlos, en sus más apremiantes necesidades. Alma noble, conciencia honrada, voluntad fecunda; tales eran las prendas que adornaban á aquel sacerdote de la ciencia.

Era médico de varias empresas teatrales, por lo que conocía y era amigo de mister Larremán, habiéndole seducido en alto grado la hermosura de Teodora Argenti, su genio artístico y sus excelentes cualidades.

Bien que la *prima donna* tenía la propiedad de atraerse las simpatías de todos, y de penetrar en los corazones con fuerza irresistible.

Esta grandeza de alma del doctor Carducci, hizo que sintiese hacia los autores de aquel inícuo atropello una repulsión profunda y que se compadeciera de la desd. cha de la pobre joven, cobardemente u trajada por aquellos desalmados.

La doncella, comprendiendo el propósito que abrigaba el doctor, no vaciló en ayudarle; así es, que dijo después de la exclamación de asombro que le arrancó la narración del suceso:

—Señor, nosotros no debemos consentir que quede sin castigo este atropello á mi señora. Comprendo que tenéis razón en todo lo que habéis dicho,

y estoy dispuesta á ayudaros en lo que deba; pero temo la venganza de mi señor. Al salir esta mañana de la casa, después que vos habíais salido, me encargó que no consintiese que nadie viera á la señora, ni que vos la visitáseis en tanto que él no éstuviese presente. Yo le prometí hacerlo, pues de lo contrario, juró que me castigaría; pero meditando luego sobre la orden, he comprendido que había algún misterio en todo esto; he visto que mi señora está muy grave, y cuando habéis regresado á visitarla, no he tenido valor para oponerme. Ahora me alegro de haberlo hecho así, porque comprendo que mi señor quería evitar que oyera á alguna persona extraña las declaraciones que seguramente hará mi señora cuando vuelva de su acceso.

—Eres muy noble, Marieta; y tu señora te agradecerá sin duda todo el bien que le haces contribuyendo al esclarecimiento de esta infamia.

Á este punto llegaba la confidencia, cuando la enferma se estremeció en el

lecho, y después de suspirar profundamente, murmuró algunas frases que no pudieron comprender ni el doctor ni la doncella.

El doctor, pulsándola detenidamente, dijo moviendo la cabeza en señal de zozobra:

—La fiebre se nos viene encima, y aún no ha vuelto el criado.

En aquel instante se presentó éste con el medicamento.

El mismo doctor hizo tomar una cucharada á la enferma.

Ésta abrió lentamente los ojos, derramó la vista por la habitación y volvió á cerrarlos, pronunciando otras palabras incoherentes.

—Ya hablará cuando aumente la fiebre,—dijo el doctor.

A los diez minutos, Teodora pronunciaba distintamente los nombres de Mr. Porinet, mister Larreman, madame Hardison y Julieta, repitiendo á cada momento:

—¡Infames!

El doctor comprendió que los dos úl-

timos nombres debían ser los de las dos mujeres, cómplices de Mr. Perinet, de que hizo referencia mister Larremán. Recordó que las dos pícaras habían habitado la casa y que, como es natural, tomarían nombres supuestos para estar á cubierto de cualquier percance que aconteciera. Sería, por tanto inútil buscar aquellos dos nombres en París; y sin embargo, era necesario dar con el paradero de las cómplices y arrancarles una declaración contra Mr. Perinet y mister Larremán. Proceder inmediatamente contra ellos, acaso sería dar un golpe en falso: no había medios de prueba tan concluyentes como eran menester para evidenciar el delito; se necesitaba la acusación de las dos mujeres, y si se comenzaba por dar el escándalo poniendo en prisión á los autores, las dos cómplices tendrían tiempo de evadir la persecución de la justicia.

No se podía preguntar á los criados de la casa porque habían desaparecido; y sería inútil este medio de investiga-

cion, teniendo en cuenta que los criados ignorarían los verdaderos nombres y antecedentes de las dueñas de la casa. No había, pues, más recursos que buscarlas, y esto no era tan fácil como hubiera querido el doctor.

Tuvo, sin embargo, una idea, que puso en práctica en el acto.

Encargó la mayor vigilancia y reserva á la doncella, y salió de la habitación.

Recorrió todos los aposentos de la casa, y se detuvo en el tocador de Julieta.

Registró el neceser, desenvolvió todos los cajones de los muebles, y no halló nada que pudiera darle luz sobre el asunto.

Cuentas de la modista, á nombre de Mad. Hardisson; facturas del joyero, á nombre de Mr. Perinet, y otra porción de papeles sin valor alguno.

Ya iba perdiendo toda esperanza de hallar antecedentes, cuando tuvo la buena intención de abrir un album colocado sobre el tocador.

En él halló muchos retratos; entre

ellos debían estar los de las cómplices tan deseadas; pero ¿cómo averiguar cuáles eran?

—¡Ah!,—se dijo como hallando la solución;—Teodora debe conocerlas bien; ella me podrá decir cuáles son sus fotografías.

Y corrió al cuarto de la enferma.

Ésta seguía delirando, víctima de la fiebre.

El doctor la llamó por su nombre; ella abrió los ojos, y en este momento el doctor la mostró algunos retratos que había sacado del álbum; pero la mirada febril y vacilante de Teodora no podía fijarse en las cartulinas.

¡Qué desesperación!

Sería preciso esperar á que la enferma los reconociese, y esto podría tardar una hora, un día, una semana, ó acaso una eternidad, si la dolencia tenía el desenlace trágico que era inminente.

Y sin embargo, era urgente detener á aquellas infames mujeres antes que pudiesen abandonar á París; era nece-

sario caer sobre los autores del hecho criminal antes que logran burlar las pesquisas de la justicia.

Meditó breves instantes, hasta que halló una solución pronta, como era menester.

Volvió al tocador de Julieta, se apoderó de tres ó cuatro facturas á nombre de Mad. Hardisson, miró las señas de la modista, y guardándose los retratos de mujer que halló en el álbum, juntamente con las facturas, bajó rápidamente al camiuo, subió á su carruaje y dijo al cochero:

—Á escape; casa de Mad. Trousseau, modista, calle Montmartre, 50.

El coche partió rápidamente hacia París.

X.

Mad. Trouseau era una de las mejores modistas parisienses; sus precios eran fabulosos, pero sus trajes podían ser los modelos de la elegancia; tenía una clientela numerosa; toda la aristocracia de París.

Cuando le anunciaron la visita del doctor Carducci, se dijo:

—¿Qué me querrá el célebre médico parisién? Es fácil que venga equivocado.

—Perdonad, señora,—dijo el doctor al hallarse ante la modista,—me trae una misión enojosa. Quisiera merecer de vuestra bondad me dijéseis si cono-

céis personalmente, lo que no creo difícil, á la señora que os ha abonado estas facturas.

Y le mostró dos de las que llevaba.

—Precisamente,— contestó, después de leerla, la modista,—hace pocos días que me son conocidas. Han venido dos veces á mi casa, y digo que han venido, porque Mad. Hardisson era acompañada por su hija. Ambas se han hecho trajes que, como veis, están incluidos en las facturas.

—¿Podrías conocerlas, si os presentara sus retratos?

—Creo que sí.

El doctor sacó todos los que llevaba, y los fué mostrando á madame Trouseau.

—Ninguno de estos,—dijo la modista,—es de Mad. Hardisson, pues todas las señoras que aquí aparecen son jóvenes, y ella es de bastante más edad.

Y fijándose con más detención en una fotografía, añadió:

—Esta, si no me engaño, es Julieta, la hija de Mad. Hardisson.

—Me basta con este dato, — dijo el doctor; — ¿y podríais decirme quién ha abonado estas facturas?

—Dejad que haga memoria. Sí, ya recuerdo; la última, por lo menos, ha sido abonada en mi propia casa por un señor rubio, de unos 40 años, cuyo nombre desconozco.

—¿Pero podríais conocerlo personalmente si os lo presentaran?

—Es posible, si no transcurriera mucho tiempo.

—Tal vez hoy mismo ó mañana, seréis llamada para reconocerlo en la prefectura de policía. Ese señor y las dos señoras que voy buscando, han cometido un criminal atropello; digo mal, no se trata de unas señoras, sino de dos perdidas disfrazadas de personas de posición, para consumir el hecho.

Mad. Trousseau mostró gran extrañeza ante esta declaración, y prometió al doctor que comparecería cuando se la llamase, para decir cuanto supiera sobre el asunto.

Apenas salió de casa de la modista el

doctor Carducci, se dirigió á la entrada del camino de Fontainebleau, donde tenía su parada uno de los delegados de policía.

—¿Podéis decirme, —le preguntó el doctor, —si esta misma mañana han pasado con dirección á París dos señoras, una de mayor edad, y otra más joven?

—Entre las que han entrado á pie desde que yo ocupé este sitio, que serían precisamente las ocho, no recuerdo ninguna de las señas que habéis dado.

—¿Y en carruaje, podriais darme algún indicio?

—Es difícil, contestó el delegado como si recordara. —Señoras, señoras.... y de las condiciones que decís, no hago memoria. Porque hará más de dos horas, pasaron en un coche dos, que bien pueden tener la edad que decís; pero nada tienen de señoras, aunque lo parecieran; son dos pájaras de cuenta, que me son bien conocidas, sobre todo, la de más edad, cuyo nombre es bastante célebre en el registro de la policía.

Los ojos del doctor brillaron de júbilo.

—¿Podrís indicarme,—preguntó al delegado mostrándole el retrato de Julieta, si la más joven tenía parecido con esta fotografía?

—El delegado lo miró fijamente y contestó:

—Os puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que esta es una de ellas. Soy buen fisionomista, y desde luego me llamaron la atención esta mañana, por su aspecto elegante, que no es el ordinario. Tenéis dos medios para encontrarlas: el registro de la Prefectura y el cochero que las conducía, que recuerdo bien se llama Justino, y tiene su parada en la plaza de San Sulpicio.

El doctor estaba loco de contento al hallar un modo tan fácil de sorprender á las cómplices de Mr. Perinet.

—¿Queréis darme el nombre de la mujer que figura en el registro?

—Se llama Juana Plantin; allí os dirán su domicilio actual, pues se traslada con mucha frecuencia.

El doctor apuntó en su cartera los nombres de Juana Plantin, Justino y plaza de San Sulpicio, y dando las gracias al delegado, se encaminó á la Prefectura de policía.

Fácilmente encontró el nombre que deseaba.

Juana Plantin vivía en la calle de Tiquetonne, boulevard de Sebastopol.

Para cerciorarse mejor de que era la que buscaba, el doctor se encaminó á la plaza de San Sulpicio, y tuvo la buena suerte de tropezar con Justino. Éste confesó que, en efecto, había conducido por la mañana á dos señoras desde el camino de Fontainebleau á la calle mencionada.

Ya no necesitaba el doctor más antecedentes. Volvió á la Prefectura, y después de conferenciar brevemente con el Jefe, salió acompañado de él y de varios gendarmes, encaminándose al domicilio de Juana Plantin: media hora después eran detenidas la supuesta madame Hardisson y su hija Julieta que, á vuelta de varias contradicciones, con-

cluyeron por declarar algo de la verdad.

Aquella misma noche fueron también presos Mr. Pcrinet y mister Larreman, el primero en su domicilio, y el segundo en el Teatro de la Ópera italiana, al terminarse la representación de *La Sonámbula*.

TERCERA PARTE.

I.

Á la una y media del día, volvió el doctor Carducci á la casa de campo.

—¿Qué ocurre?, — preguntó á la doncella.

—No he dejado de administrar puntualmente la dosis que habéis recetado, y la fiebre va cediendo. No sabéis cuánto ha delirado mi pobre señorita; parecía loca: en el desvarío lo ha referido todo, y concuerda con lo que vos habéis relatado. Como comprendí la importancia de estas confesiones, he tenido la precaución de ir escribiendo rápida-

mente todo lo que ha sido fácil entenderle, que no ha podido ser mucho, porque hablaba con bastante confusión. No os riais, señor, de mis notas, que puedo llamar taquigráficas, pero no me ha sido posible hacerlo más despacio.

Y mostró al doctor unas cuartillas de papel, que éste tomó con ansiedad, diciendo:

—Vales un tesoro, querida Marieta; has tenido una idea luminosísima. Pero hija mía,—dijo fijándose en lo escrito,—esto no se puede leer.

—Ya os he dicho que no me ha sido fácil hacerlo mejor; pero yo lo entiendo perfectamente. Permitidme que os lo lea.

El doctor devolvió las cuartillas á Marieta, y ésta dió lectura de lo escrito, que decía textualmente:

—«¡Infames!; ¿para esto me habéis traído aquí?..... ¡Larremán, sois un miserable!..... ¿Cuánto os han dado por esta venta? Sin duda, muchos miles de francos. ¡Me habéis vendido como á una esclava!.... ¿Qué mal os hice nunca?.....

¡Esto ha sido horrible! Yo no quería salir de casa..... él demostró gran empeño en que visitásemos á Mad. Hardisson..... ¡Ah, Mad. Hasdisson! ¡Es una malvada!... ha sido cómplice de ellos... Con razón sospechaba yo de Mad. Hardisson y de Julieta... Larreman me trajo al hotel engañada... todos se fueron... primero Larreman, con el pretexto de hacer un cigarrro.... ¡Inocente de mí!... después Ju ieta..... yo me sentí enferma.... luego, Mad. Hardisson cerró los cristales.... y también se fué..... ¡Cierra la puerta!... Quiero gritar... no puedo... ¡Ah!, ¡miserable Perinet!..... estaba escondido, como un ladrón..... abrió una puerta... yo le ví con terror... ¡Nunca!... ¡Mi honor estaba por encima de sus vergonzosos deseos!... Me insultó... yo le dí una bofetada... y nada más... perdí la vista, y sentí un golpe en la cabeza. ¡Ja! ja! ja!... creyó el seductor que era posible la conquista!... ¡Ladrón de honras!..... ¡esta vez has dado el golpe en falso!... ¡No, no llegó á tocar mi cuerpo!..... ¡Infames!, ¡infames!.....»

Las cuartillas, como se ve, eran un tesoro para el doctor Carducci; por ellas había logrado apoderarse hasta de los más pequeños detalles del crimen.

Además, allí había estampada una confesión hermosa, que llenó de regocijo el alma del doctor.

Teodora no había sido víctima de los brutales instintos de Mr. Perinet; el infame seductor no había logrado consumir el vergozoso delito, porque un accidente de Teodora puso coto á los deseos del agresor.

¿Qué más necesitaba saber el doctor para proceder al castigo de los criminales?

Guardó aquellos papeles cuidadosamente, y dijo á Marieta:

—Tan admirable me ha parecido tu procedimiento, que desde luego deseo le sigas practicando, y escribas cuantas revelaciones haga tu señora.

Y pulsando á la enferma atentamente, continuó:

—No está peor, aunque continúa la gravedad. No dejes de administrarle

con exactitud los medicamentos que he dispuesto. Volveré dentro de tres horas: y si la fiebre ha cedido, creo que tendremos alguna esperanza. ¡Ah!, se me olvidaba contarte el resultado de mis gestiones. Acabo de conseguir que la policía detenga á las dos cómplices de Mr. Perinet y de mister Larreman. Eran dos perdidas, dos mujeres de vida licenciosa, cuyos verdaderos nombres son Juana Plantin y Julia Mesnier. Han declarado algo de la verdad, pero confío en que acabarán por decirlo todo. Hasta tanto que así sea, no haré detener á monsieur Perinet y á mister Larreman. De seguro que este último no volverá por aquí; es demasiado astuto para cometer una imprudencia.

Y dando á Marieta un billete de cien francos, añadió:

—No quiero que tu señorita carezca de nada, y ya supongo que no te quedarán muchos francos de mi anterior billete. Esta tarde, cuando yo regrese, irás á París, y con las llaves de tu señora, recogerás el dinero que guarde en

el hotel de la calle de Richelieu; porque sospecho que tú sabrás donde guardaba los fondos Mlle. Teodora; de no ser así, tendrás que interrogarla. No creas que deseo que recojas los fondos de tu señora porque hagan falta para su curación; á Dios gracias, me sobran algunos miles de francos; pero es muy doloroso que ese infame de Larreman, presintiendo lo que le va á ocurrir, desaloje el hotel y se apodere del dinero y alhajas de tu pobre señora.

—Me parece razonada y hasta urgente vuestra proposición,—dijo Marieta,—y por mi parte, ahora mismo marcharía á París.

—Es absolutamente imposible; antes que todo, es el cuidado de tu señora y el esclarecimiento de los hechos. Bien puede sacrificarse un caudal ante estas consideraciones.

—Ciertamente, señor; pero tened en cuenta que mi señora guarda en el hotel una fortuna, que yo no pondría en menos de cien mil francos, y además de esto, las muchas y riquísimas alha

jas de su tocado; creo que no debiera perderse un momento.

El doctor insistió en que de allí á tres horas estaría de regreso, y la doncella tuvo que resignarse.

de encontrar el mayor número de los
unos los otros, pero al salir de
Estambul, montó en el carruaje del
doctor, y se encaminó hacia la calle de
Richardson.
Richardson, al ver que ya volveríamos a
pasear, y que él nos en la casa de
campo.
El doctor, como dijo Marieta, se
sitio a la cabeza de Teodoro, después
de haberse separado de allí hasta que se
fueron la doncella.

II.

Quando regresó el doctor, la fiebre
había cedido mucho, y la enferma se
mostraba más animada; pero aquél no
creyó prudente interrogarla en ningún
sentido.

Sólo cuando la enferma vió que su
doncella buscaba entre sus ropas la lla-
ve del neceser, donde guardaba su pe-
queño capital, adivinó las intenciones
de Marieta, y le dijo con voz apenas
perceptible:

—Sí, sí, saca la llave y trae algún di-
nero.

La doncella tomó la llave, y después

de encarecer el mayor esmero á los otros dos criados, bajó al camino de Fontainebleau, montó en el carruaje del doctor, y se encaminó hacia la calle de Richelieu.

Dejémosla ir, pues ya volveremos á buscarla, y quedémonos en la casa de campo.

El doctor, apenas salió Marieta, se situó á la cabecera de Teodora, dispuesto á no separarse de allí hasta que regresara la doncella.

Bien necesitaba el doctor aquellos momentos de reposo: había cruzado á París de un extremo á otro, más á pie que en carruaje, y se sentía materialmente rendido, aunque satisfecho del buen resultado de sus gestiones.

Había conseguido que Juana Plantin y Julia Mesnier confesaran toda la verdad del crimen; Mad. Trousseau había declarado provisionalmente cuanto sabía sobre aquel asunto, según lo prometió al doctor; y tan buenas trazas se había dado éste, que ya se había dictado el auto de procesamiento de Perinet

y Larreman, aunque por sus instancias no se llevaría á efecto la detención hasta la noche, primero, por evitar el escándalo que esto había de producir, practicado en pleno día, y segundo, para dar lugar á que Marieta pusiera á cubierto de la rapiña de Larreman los bienes que Teodora guardaba en el hotel de la calle de Richelieu.

Era, por demás, difícil la situación del doctor, y necesitaba coordinar sus pensamientos.

Ya estaban en vías de ser castigados los factores de aquel inícuo atropello' pero quedaba algo más importante para él, que era la vida de Teodora Argenti, gravemente comprometida.

Aquella pobre mujer, sola en el mundo, vendida miserablemente por su único protector, era muy digna de lástima.

El doctor, por un impulso natural en la nobleza de su alma, se había constituido en amparo de aquella desgraciada, y por ello se sentía orgulloso.

Pero temía que todos sus afanes re-

sultaran estériles, si la gravísima dolencia de Teodora no se podía conjurar con los auxilios de la ciencia.

La verdad es que la precipitación con que había procedido en la medicación de la enferma, no le satisfacía; comprendió que se había preocupado de la venganza algo más que de la enfermedad, cuando la víctima demandaba mayor atención que los agresores.

Así que, después de estas reflexiones, creyó necesario hacer un estudio detallado de la enfermedad, formar su diagnóstico y acometer valientemente la dolencia, cuya definición no le había sido fácil á primera vista. Se incorporó de su asiento, y observó atentamente á Teodora.

El rostro de ésta había pasado, desde el color arrebatado de la fiebre, á la palidez del abatimiento; sus ojos hundidos, sus pómulos salientes, sus labios amoratados y rugosos, le daban el aspecto de un cadáver.

Como si Teodora se hubiera apercebido de la observación de que era ob-

jeto, abrió los ojos y se encontró con los del doctor, que le miraban atentamente.

—¿Cómo os sentís?,—le preguntó éste, más con el gesto que con la palabra.

—Vos lo debéis saber mejor que yo, —contestó la enferma con palabra premiosa y débil.—Yo me siento muy mal.

—¿Qué os molesta?

—La cabeza, mucho; pero el pecho sobre todo. Quisiera variar un poco de posición; me fatigo de este modo.

El doctor la ayudó á colocarse en posición menos violenta; pero el esfuerzo que Teodora tuvo que hacer, le produjo un ligero golpe de tos seca y débil, acompañada de un pequeño esputo de sangre, que la enferma recogió con el pañuelo.

El doctor comprendió toda la gravedad de la dolencia; entonces apreció el valor de las manchas sanguinolentas que salpicaban el pecho de Teodora, sobre las cuales no había puesto la suficiente atención, creyéndolas produci-

das por alguna ligera hemorragia, efecto del golpe de la caída.

Si la ciencia no acudía prontamente al remedio, el desenlace sería deplorable, porque aquella infeliz estaba herida de muerte.

—Esto es un accidente sin consecuencias;—dijo el doctor á Teodora, procurando disimular el mal efecto que le había producido el examen de la dolencia; —mañana os podréis levantar.

—¡Mañana!,—dijo la enferma con abatimiento;—os juro con toda la fe de mi alma que no quisiera que ese mañana llegara nunca; no quiero sobrevivir á esta desgracia. Entre el tropel de ideas que se amontonan en mi imaginación, yo veo todas las consecuencias de este escándalo; París entero me señalará mañana con vergüenza, porque esta miserable traición será ya conocida en los últimos extremos de la capital; yo sé que el infame de Mr. Perinet publicará á voces mi deshonor, que no es cierta, pero que creará el mundo entero, porque no habrá nadie que lo desmienta...

Perdonad, Mr. Carducci, este desahogo de mi espíritu, que os explicaréis, cuando os refiera toda la verdad de esta intriga miserable.

Y al decir estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquilizaos, Teodora—dijo el doctor visiblemente conmovido;—no os conviene recordar ciertos detalles que pueden afligiros demasiado. Ante todo, necesitáis reposo, tranquilidad absoluta; después me referiréis todo lo que os parezca, aunque cuanto podáis decirme, me es perfectamente conocido.

—¡Ah!, ¡miserable Perinet!,—exclamó la enferma en un arrebato de indignación;—no creáis, doctor, por piedad, nada de lo que os han referido; es una infame calumnia propalada por ese desalmado.

—Si no os tranquilizáis, no respondo de vuestra curación. Nada me han referido, porque nada ha contado monsieur Perinet; sé toda la verdad, porque vos misma me la habéis ya referido.

—¡No os comprendo!,—dijo con extrañeza Teodora.

—Es bien sencillo; en el delirio de la fiebre, habéis contado con los más pequeños detalles el atropello incalificable de que milagrosamente ha salido ilesa vuestra honra.

—¿Con que vos no lo creéis? ¡Oh!, gracias, amigo doctor! Con que haya una sola persona que crea en mi inocencia, se tranquiliza mi espíritu. ¡Pero el mundo!; el mundo no se convence ¡tan fácilmente como vos, ni ha oído mis revelaciones, ni es tan bueno como vos para dar crédito á mis palabras.... ¡qué vergüenza, Dios mío; qué vergüenza!

—Os repito que procuréis no exacerbar el estado abatido de vuestro ánimo. Poned de vuestra parte todo lo posible por restableceros, y tened confianza en Dios, que á todos hace justicia.

La enferma seguía sollozando, y el doctor la dejó que así desahogara su sentimiento.

III.

Hay ocasiones en que la pena nos ahoga, y son un consuelo las lágrimas. Cuando se llora todo lo que pide el espíritu, brota en el alma espontáneamente la resignación.

Al poco rato, la enferma quedóse más tranquila; y como obedeciendo maquinalmente á las ideas que debían atropellarse en su imaginación, preguntó al doctor:

—¿Y Marieta?; ¿dónde está mi doncella?

—He creído conveniente que vaya á París por unos medicamentos.

—¡Ah!, ya recuerdo; la ví buscar entre mis ropas la llave de mi neceser; comprendo, habrá ido al hotel de la calle de Richelieu; ella sabe donde yo guardo mi pequeña fortuna; todo lo que me ha permitido reunir mister Larreman.

Y como si este nombre le produjera inmensa repulsión, añadió:

—No quiero ni aun recordarle; jamás pude sospechar tanta bajeza en ese hombre; ó es un miserable, cómplice de Mr. Perinet, ó un necio, engañado por éste; pero no, hay detalles horribles que prueban su villanía. Perdonad, querido doctor, si os hago algunas preguntas impertinentes; pero mi ansiedad es grande por saber los hechos posteriores á esta traición; vos debéis saberlo todo, puesto que os encontráis á mi lado. Decidme, pues: ¿quién os ha llamado á esta casa, quién ha hecho venir á mi doncella y á los criados, qué ha sido de Mad. Hardisson y de Julieta, cómo explican este escandaloso atropello Mr. Perinet y mister Larreman, por-

qué permanezco en esta casa maldita, y no se me ha conducido al hotel de la calle de Richelieu?

Ante este cúmulo de preguntas, el doctor trató de evadir la respuesta, porque comprendía cuán peligroso era referirle ciertos incidentes en el estado de indignación en que se hallaba.

Pero tanto insistió Teodora, que monsieur Carducci, mal de su grado, le contó lo que ya saben nuestros lectores, acerca de su venida á la casa de campo, llamado por el lacayo de mister Larreman; el falso relato que éste le hizo del suceso; sus sospechas de la verdad; sus pesquisas para averiguar el paradero de las supuestas Mad. Hardisson y Julieta; la prision de éstas y su confesión de la verdad, hasta el auto de procesamiento y detención de los autores, que debía verificarse aquella misma noche.

No hay que decir cuánto impresionó á Teodora la narración del doctor Carducci, y cuántas fueron sus exclamaciones de asombro, sus arrebatos de

indignación, y por último, su complacencia al saber que los criminales estaban bajo la acción de la justicia.

Arrasados los ojos en llanto, tendió sus brazos al doctor, diciéndole con toda efusión de su alma:

—Gracias, doctor, gracias; vos sois un hombre honrado; yo no podré agradeceros nunca el verdadero interés que os inspiro.

Y dejando caer los brazos con desaliendo, añadió:

—Pero creed que todos vuestros esfuerzos van á ser estériles. Mi cuerpo no podrá resistir la gravedad de este accidente; siento oprimido el pecho por un malestar grandísimo; mi respiración es penosa y débil; estas manchas rojizas revelan que la herida es incurable; me moriré, no lo dudéis, y yo misma me admiro de no haber perdido la vida en esta horrible emboscada!

En este instante se abrió la puerta del dormitorio, y penetró Marieta temblorosa y sofocada.

Al ver que su señora la miró con ojos

impacientes, disimuló á duras penas su turbación, y contestó al doctor, que la interrogó con la mirada:

—Todo se ha verificado como ordenásteis. He hecho venir conmigo dos cofres con las alhajas de la señora y algunos vestidos, y aquí traigo sobre mi pecho todo el dinero en billetes que hallé en el neceser.

—Gracias, Marieta,—dijo la enferma con satisfacción;—eres muy buena, me quieres mucho, y yo te prometo que no he de ser ingrata contigo. Guarda ese dinero donde mejor te parezca; tú serás la depositaria de él.

Y mirando cariñosamente al doctor y á la doncella, exclamó:

—¡Cuánto tengo que agradeceros!

—Nada absolutamente,—contestó el doctor Carducci.—Estad tranquila, reposad un rato. Voy á disponer una medicina que os aliviará bastante.

Y salió de la habitación, seguido por la doncella que, tan pronto como se vió á solas con el doctor Carducci, exclamó:

— ¡Qué infamia, señor, qué infamia tan grande!

— ¿Pues qué ocurre?; ¿acaso lo que había yo sospechado?

— Exactamente, señor. Cuando llegué, serían las cinco, al hotel, me extrañó no ver en el zaguán á Anselmo el lacayo; subí al primer piso, y la calma era absoluta; llamé tres ó cuatro veces, comprendiendo que debía estar en el hotel alguna persona, cuando la cancela del jardín se hallaba abierta, y al cabo abrió la puerta Mr. Anqueti, ese viejo prestamista que era visita de la casa, y creo que solía dar fuertes sumas á mister Larreman en sus apuros. Le pregunté por mi señor, advirtiéndole que iba por unos encargos de parte de mi señorita, y mostrando gran extrañeza, me contestó:

— No está en casa mister Larreman, ni pertenece ya á dicho señor nada de esto; acabo de comprar todo el mobiliario en 50.000 francos, y lord Petengui, embajador inglés, ha adquirido la casa también en muy bajo precio. Mister

Larreman tiene necesidad de salir mañana para Londres, y le ha sido forzoso enagenar todo esto; yo he adquirido el mueblaje por complacerlo, pues no hubiera encontrado quien le diese la suma que le he dado.—

Para que se aprecie el valor de las palabras de Mr. Anqueti, diremos solamente que el mobiliario del hotel valdría en buena venta más de un millón de francos.

—Rogué á Mr. Anqueti me permitiese examinar el tocador de mi señora, y no se opuso á ello, porque le aseguré que sólo deseaba recoger algunos retratos y cartas que existían en un cajón secreto del neceser, pertenecientes á la señorita. Cuando observé el neceser, ví que los cajones estaban abiertos violentamente, y que no había nada dentro de ellos.

—Ya me temía yo esta hazaña de mister Larreman,—interrumpió el doctor; —no puede concebirse una bajeza semejante!

—Ya comprenderéis, señor, cuánto

me habrá sofocado esta nueva desgracia. ¡Pobre señorita mía! ¿Cómo decirle la verdad; cómo hacerle comprender la precaria situación en que la coloca la vergonzosa rapiña de mister Larrieman? Esto sería bastante á producirle la muerte.

—Es forzoso ocultarle la verdad; la impresión, con efecto, sería funesta. Yo confío en que tú me ayudarás á representar la farsa que es necesaria, hasta que tu señora esté en condiciones de saber lo sucedido. Dispón libremente de mis fondos, y no escatimes nada por un exceso de delicadeza; esto es un anticipo que yo quiero hacer á tu señora, seguro de que ella me lo devolverá cuando esté buena.

Bien comprendió la doncella que el doctor trataba de ocultar la nobleza de su acción, haciéndola aparecer con el carácter de préstamo; pero no le quedaba otro recurso que aceptar la generosa oferta de Mr. Carducci, por el bien de su señora.

Cuando el doctor y la doncella volvie-

ron al dormitorio, la enferma reposaba con un sueño reparador y tranquilo.

Aquella naturaleza, antes tan vigorosa, rendida de luchar con la dolencia, debilitada por los delirios de las fiebre, había cedido al cansancio.

Una hora más de lucha, acaso hubiera producido la muerte.

IV.

Dos meses después, Teodora Argenti pudo abandonar el lecho.

Cuando la presento á mis lectores, está recostada en una butaca, delante del balcón del famoso gabinete de la casa de campo.

Su fiel doncella Marieta la asiste con singular esmero, animándola con palabras cariñosas, en tanto que arregla los revueltos rizos que caen sobre la frente de la enferma.

Está tan distraída, que apenas se percibe de la solicitud de su doncella.

Sus pálidos ojos se recrean en el pai-

saje, que el sol poniente ilumina con sus últimos reflejos.

Aquella contemplación trae á su mente innumerables recuerdos de su niñez. Entonces se le representa el cielo risueño de su patria, lleno de luz y de alegría; ve desfilár ante su vista los floridos cármenes cuajados de violetas y de nardos, y las inmensas albarradas de nopales, bañadas por el ardiente sol meridional.

Recuerda, como el vestigio de un sueño, el aspecto miserable de aquella gitánilla mugrienta, con la frente cubierta por mechones de rebeldes cabellos, con los pies desnudos y el cuerpo mal vestido por girones de harapos.

Cree oír los acordes de una vetusta guitarra, que ensaya una malagueña.

Se le representa la vendedora de violetas con su cesta á la mano, su vestido de percal, su corpiño granate y sus grandes zarcillos de corales; todo pasa ante sus ojos con detalles exactos, con tantos visos de realidad, que por un momento se cree trasportada á aquellos

hermosos lugares y á los días felices de su infancia.

Y al volver los ojos al presente, lleno para ella de dolores y desengaños, sintió invadido su espíritu por la nostalgia de la patria querida, y las lágrimas brotaron en abundancia de sus cansados ojos.

¡Cuán feliz se juzgaría de poder habitar otra vez su modestísima vivienda, de recorrer aquellos accidentados vericuetos, de cortar las violetas de los cármenes, de solazarse con aquellas harapientas gitanillas!

Lejos de su patria, en medio de las crueldades del mundo parisién, entregada á todas las tristezas y á todos los rigores de la vida, era aquella desgraciada mujer una flor exótica, que se agostaba lentamente combatida por los infortunios.

Su doncella no se atrevió á molestarla, y así hubieran permanecido ambas largo rato, si el doctor, penetrando en el gabinete, no las hubiera sacado de su abstracción.

Teodora volvió la cabeza, y saludó á Mr. Carducci con una expresiva mirada de agradecimiento.

—Ya me parece que habéis disfrutado un buen rato de la hermosura del paisaje,—dijo al entrar;—hace dos horas que os dejé en este sitio, y creo prudente que os volváis al lecho. Pero antes, os voy á dar tres buenas noticias. He tenido el gusto de saludar á Alberto Ugolini; hace seis días regresó de Italia, donde ha tenido que reponerse de la grave dolencia que le produjo la herida que recibió de Mr. Perinet en desafío.

—¡Pobre Ugolini!, — dijo solamente Teodora.

—Recordaréis que estuvo á la muerte, que luché valerosamente por salvarle, y fuera ya de peligro, marchó á Italia. Viene completamente bueno, y al saber que os estoy asistiendo de una peligrosa enfermedad, cuya causa ignora y yo le he ocultado, ha mostrado deseos de visitaros. Creo que os quería de veras, y por lo visto, aún conserva vesti

gios de su pasión. No será difícil que le tengamos aquí mañana.

Teodora, por toda respuesta, dejó escapar un ligero suspiro, cuya significación era difícil apreciar.

—La segunda noticia es,—continuó el doctor,—que ya podemos estar tranquilos en esta casa. No ignoráis que la curia la anunció en venta para atender á la responsabilidad de Mr. Perinet. Felizmente, ha sido adquirida hoy mismo por un buen amigo mío, que os la da en arrendamiento por el tiempo que vos deseéis, y á razón de cinco mil francos anuales, incluyendo el alquiler del mobiliario. Y finalmente, mi tercera noticia es, que dentro de veinte días será la vista de los procesos instruidos á monsieur Perinet, á mister Larreman y á sus cómplices. Todo el mundo está vivamente interesado en esta causa que, desgraciadamente para vos, es una de las más ruidosas que hace tiempo se han visto en París.

—¡Qué escándalo, Dios mío; ¡qué escándalo!,—exclamó Teodora con pesa-

dumbre.—Daría lo imposible por no asistir á la vista de este proceso. Es tan vergonzoso en todos sus detalles, me ha de costar tanta violencia repetir ante los magistrados mis declaraciones, que tiemblo al saber que se acerca el día del fallo, á la vez que deseo el castigo de los criminales.

—No os preocupéis de esto, que no tiene la importancia que vos le dais. Procurad que os reanimen algunas horas de reposo.

Teodora obedeció al doctor, y auxiliada por Marieta, se acomodó en el lecho.

Conviene, amigo lector, que te aclare algo más la segunda noticia que dió el doctor á Teodora.

Era efectivamente cierto que la curia había anunciado la subasta de la casa de campo del camino de Fontainebleau, propiedad de Mr. Perinet, para garantir los gastos del proceso.

Se vendía aquella finca accediendo á la designación del mismo Perinet, que seguramente la estimaba en poco, des-

pués de haberla utilizado para su infame proyecto.

La noticia de la venta produjo en el doctor malísimo efecto.

Comprendió desde luego que no faltarían muchos compradores, dadas las ventajosas condiciones en que se proponía el edificio, y que sería forzoso que Teodora le abandonase, porque no era posible esperar que el comprador consintiese intrusos en la finca.

Lo sentía por la pobre enferma, cuyo estado no permitía que fuese trasladada á otro alojamiento; ni era prudente llevarla á París, donde el doctor no podría prestarle su desinteresado apoyo sin exponerse á las murmuraciones de los curiosos y á las calumnias de los maldicientes.

Mr. Carducci consultó el estado de sus fondos, y vió que estos le daban la solución del problema.

El día de la subasta, fué adjudicada la casa de campo, con todo su mobiliario, al doctor Carducci en ciento veinte mil francos.

Ya hemos visto cómo engañó el doctor á Teodora, por no ofender su delicadeza.

Solamente supo la verdad la fiel doncella Marieta.

V.

Á las tres de la tarde siguiente, el criado de la casa de campo anunció á Teodora, que poco antes había abandonado el lecho con anuencia del doctor, la visita de Ugolini.

Este nombre despertaba en el alma de Teodora gratos recuerdos: Ugolini había sido su compañero de escena largas temporadas; con él había compartido los aplausos de los públicos; él había contribuido con su talento artístico y sus grandes facultades á los ruidosos triunfos de la *prima donna*; por ella había comprometido su vida en un duelo á

muerte; él, en fin, la había demostrado verdadero y profundo afecto.

Sintió, pues, por una parte, complacencia de verle y hablarle, y por otra, vergüenza de aparecer indigna ante sus ojos, si, como era de suponer, había llegado el escándalo á sus oídos, cosa bastante fácil, pues era el tema obligado en todas las conversaciones de los círculos de París.

—Pero no,—se dijo después de estas reflexiones,—no debe saber nada, porque de lo contrario, no vendría á visitarme; me despreciaría, como todos me desprecian, dando crédito á esta vergonzosa calumnia.

Pocos instantes después, Alberto Ugolini penetraba en el gabinete ocupado por Teodora.

Al hallarse ante la enferma, titubeó un momento, no acertando á explicarse si era aquella mujer la famosa *diva* del Teatro de la Ópera, la reina de la hermosura, asombro del mundo parisién.

Aquellos ojos rasgados y brillantes que enloquecían con su mirada, estaban

apagados y tristes, habiendo marcado en ellos sus profundas huellas el sufrimiento; aquella frente nacarada y tersa, aparecía nublada por el dolor, afeándola algunas prematuras arrugas; aquellas mejillas sonrosadas, eran dos flores marchitas; el rojo subido de sus labios se había trocado en violáceo, y el color trigüeño de su rostro, en tinte amarillento.

Teodora comprendió la causa de la indecisión de Ugolini, y le dijo tristemente, mientras le tendía la mano con afecto:

—Me explico vuestra extrañeza, señor de Ugolini; la verdad es que estoy desconocida.

—Tanto, señora mía, que no vuelvo de mi asombro. Con sobrado fundamento me aseguró ayer el doctor Carducci que habéis sufrido mucho con esa malhadada dolencia.

—¿Y vos, venís completamente re-
puesto de vuestra herida?

—Á Dios gracias, me encuentro bien, y con nuevos alientos para la próxima

temporada; ya tengo compromiso firmado para cantar en el Teatro de San Carlos, de Lisboa. ¡Oh!, de buenas me he librado. Aquel maldito Perinet tenía malas intenciones. Perdonad, Teodora, si os traigo á la memoria su nombre. Acaso sea una indiscreción que os moleste.

Las mejillas de la enferma se tiñeron de rubor al oír las últimas palabras de Ugolini.

Seguramente conocía los hechos acaecidos entre ella y monsieur Perinet; pero entonces, cómo acudía á visitarla?

Todos estos razonamientos se le ocurrieron á Teodora en un instante; mas buscando una contestación ambigua, cuyo alcance no conociera el tenor, si ignoraba los hechos, le respondió:

—No cometéis indiscreción alguna; su nombre me es indiferente.

—Sin embargo,—se permitió objetar Ugolini,—hay ofensas que no se olvidan fácilmente.

—Os suplico, señor de Ugolini,—dijo con dignidad Teodora,—que excuséis

toda indicación que se relacione con Mr. Perinet. Debéis comprender que mi decoro se resiente con vuestras palabras. Os diré tan sólo que Mr. Perinet es un impostor, y que soy víctima de una grosera calumnia.

Ugolini quedóse atónito ante las declaraciones de Teodora Argenti.

Nada sabía de lo ocurrido, pues al hablar del modo que lo hizo, se refería á la venganza que intentó Mr. Perinet la noche del debut de la *diva*, y á las apreciaciones ofensivas para la reputación artística de Teodora que aquél se permitió después en el cuarto de la *prima donna*, y fueron causa del desafío.

Sin embargo, comprendió que algo grave encerraban las palabras de Teodora; pero supo excusarse, diciendo:

—Os ruego que dispenséis, si mis palabras os han molestado; no envuelven intención alguna; y por mi parte, os puedo jurar que no comprendo el alcance de las vuestras.

Aquí Teodora se turbó hasta tal extremo, que sufrió un pequeño desvane-

cimiento. Ella era la que había cometido la mayor de las imprudencias, iniciando á Ugolini en el mismo secreto que tenía interés en ocultar.

Repuesta de su turbación, dijo á Ugolini:

—Puesto que nada sabéis acerca de los hechos que he tenido la imprevisión de iniciaros, yo os suplico que cuando los conozcáis, no forméis juicios temerarios, ni me calificuéis con ligereza; tened la convicción de que soy inocente; hablad al doctor Carducci, que él os dirá lealmente la verdad. Ahora, hablemos del teatro, si queréis proporcionarme alguna complacencia.

Realmente, era para preocupar á Alberto Ugolini el misterio que envolvían las palabras de Teodora, y no pudo desechár de su ánimo aquellas ideas durante toda la conferencia, á pesar de los esfuerzos que hizo para aparecer sereno á los ojos de Teodora y distraerla con la relación de cosas indiferentes.

Cuando á la mediana hora abandonó la casa de campo, su imaginación se per-

día en un mar de apreciaciones confusas y contradictorias, que hacían dolorosa impresión en su ánimo.

Algo y muy grave había ocurrido entre Teodora y Mr. Perinet; algo que se relacionaba con el honor de la *diva*, cuando ésta había hecho tantas protestas de inocencia.

Ugolini estaba en vías de sufrir un terrible desengaño.

Aunque no me he extendido largamente en hablar del amor que aquél profesaba á Teodora, ello es lo cierto que sentía por ella una verdadera pasión, fomentada por el trato continuo de la vida teatral.

Pasión que Teodora conocía, pero que había procurado contener con habilidad suma, queriendo consagrar, como he dicho, todos sus afectos al divino arte.

Ugolini, pues, la amaba; no la había olvidado durante su permanencia en Italia, y pensando en ella regresó a París para consagrarle todos sus pensamientos.

Mientras se dirigía desde la casa de

po á París, formaba decidido propósito de averiguar la verdad, oyéndola de labios del propio doctor Carducci, por lo que encaminó sus pasos hacia el domicilio de éste.

No esperaba el doctor la visita de Alberto Ugolini, á quien suponía en la casa de campo.

Por esto, cuando el criado lo anunció, dióse el buen profesor á formar juicios y explicarse aquella visita.

En fuerza de meditar, creyó entrever la causa: Ugolini tenía conocimiento del escándalo, y deseaba conocer la verdad sobre la dolencia de Teodora, interrogando al doctor que la asistía, antes de visitarla; no pudo sospechar que la misma lo hubiese puesto en autos cometiendo una imprudencia.

Ya en presencia del doctor, Ugolini le dijo:

—Tendréis que perdonarme, amigo mío, esta visita, que seguramente os molesta. Acabo de saludar á Teodora, y por algunas palabras que inadvertidamente ha pronunciado, he comprendido

que su enfermedad es consecuencia de algún desdichado incidente. Creo que se trata de algo ocurrido entre ella y monsieur Perinet, y la misma Teodora me envía para que vos me contéis la verdad. Bien sé que no tengo derecho alguno para dar este paso, ni vos el deber de referirme nada; pero ya conocéis el interés que me inspira Mlle. Teodora, y esto, unido á nuestra buena amistad, disculpa mi imprudencia. Espero que, como hombre honrado, me reveléis toda la verdad, por doloroso que me sea el escucharla. Tened por cierto que sabré ahogar en mi pecho el amor que profeso á esa joven, si desgraciadamente fuese indigna de mi afecto.

Esta arenga, lanzada de improviso sobre el bueno del doctor, le desconcertó un tanto, y hasta sintió impulsos de mandar enhoramala al que tan despedido, y casi con tan poco miramiento, hablaba de Teodora; pero conociendo que era preferible la templanza, y disculpando el tono descarnado de Ugolini por las razones que le expuso, contestó:

—Tengo verdadera satisfacción en complaceros, y os referiré con la honradez que me es propia, cuanto ha sucedido con Mlle. Argenti. Yo os probaré que es hoy tan merecedora de vuestro afecto como el día que la dejásteis en París, sin que tenga que avergonzarse ante Dios de haber padecido menosprecio en su honra.

Y el doctor Carducci relató á Alberto Ugolini la historia que ya conocen los lectores, aunque ocultando, porque así lo exigían el decoro y la buena fama de Teodora, que estaba arruinada por la rapiña de mister Larreman, que la casa de campo había sido adquirida por el doctor, y que éste sufragaba todos los gastos de la enferma.

Pero le refirió con los más pequeños detalles la emboscada de Mr. Perinet y la manera, casi providencial, que tuvo Teodora de librarse; añadiendo al concluir la narración:

—Sé que os quedará una duda. No podéis explicaros, seguramente, por qué yo me permito certificar sobre la

honradez de Mlle. Argenti, cuando la verdad no debiera saberla nadie, sino Dios, ella y Mr. Perinet. Aun cuando bastaría á desvanecer la duda de cualquier hombre de recta conciencia, la confesión de Teodora Argenti, tan espontánea, tan leal, tan verídica ante las leyes de la lógica, ha habido un medio elocuente é indubitable de averiguar la verdad, y éste ha sido la declaración inconsciente de la misma Teodora, hecha entre el delirio de la fiebre y sorprendida por su doncella.

Al decir esto, el doctor sacó de su cartera las dos cuartillas escritas por Marieta, que hizo leer á Ugolini.

—Como veis,—prosiguió el doctor,—hay aquí una confesión de valor inapreciable: estas palabras, *No, no llegó á tocar mi cuerpo*, dichas en un estado febril, en el que la inteligencia obra sin la concurrencia de la voluntad, bastan para vindicar el honor de Teodora, y son la prueba más concluyente de su inocencia.

Ugolini, que comenzó por escuchar con prevención las palabras del doctor

Carducci, y que durante el relato fué dando crédito á los hechos, se convenció al cabo de la inocencia de Teodora, concluyendo por decir:

—Perdonadme, amigo mío, la forma destemplada en que os interrogué. Dudaba de la virtud de Teodora; vuestro mismo relato no me satisfacía, porque en verdad, fué milagrosa la salvación de Mlle. Argenti; pero ahora os creo, querido doctor, os creo firmemente, y deseo pedir mil perdones á la pobre enferma por la ligereza con que he dudado algunos momentos de su virtud. No sólo está vindicada ante mis ojos, sino que renace con mayor fuerza el amor que le tengo, y no descansaré hasta verme correspondido.

—Gracias, amigo mío,—dijo el doctor emocionado,—tanto ha llegado á interesarme la desgraciada enferma, que la procuro todo el bien que puedo. Es muy doloroso ver en labios de maldicientes la reputación de una joven virtuosa, por la calumnia de un desalmado.

Después de esta conferencia, Ugolini

abandonó la casa del doctor, dispuesto á dar todo género de excusas á Teodora, y á interesarla vivamente en su favor, ya que tan digna era de su cariño.

VI.

Veinte días después de esta escena, y según lo anunciado por el doctor, París entero se agolpaba en los alrededores del Palacio de Justicia, atraído por la vista de uno de los procesos más ruidosos de la Francia contemporánea.

Se acusaba á Mr. Perinet del delito de intento de violación en la persona de Mlle. Teodora Argenti, y á mister Larreman, á Juana Plantin y Julia Mesnier, del de complicidad en el propio crimen.

Para el primero, solicitaba el representante de la ley ocho años de reclu-

sión y una indemnización de 300.000 francos á Teodora Argenti; para el segundo cuatro años de igual pena, y dos para cada una de las mujeres.

El interés de esta causa no estaba en la índole del delito mismo: diariamente se fallan por los tribunales muchos delitos de violación y se castigan los funestos extravíos de las pasiones; en este punto, el Código francés es tan severo como el español; allí, como en España, se penan con igual dureza los delitos contra el honor, que los que atacan á la vida, porque en realidad de verdad, el honor es la vida moral de los individuos, y tanto importa robar á una mujer la vida, como la honra.

Yo creo que este es uno de los más sabios preceptos de las leyes penales: si las pasiones humanas y los apetitos desordenados no tuvieran su sanción en el Código, es seguro que nuestro nivel moral estaría bajo cero.

Así y todo, se atropellan á diario las leyes, y se producen escándalos que rebajan nuestra moralidad.

Decía, pues, que el interés del proceso no estaba en el propio delito, sino en las circunstancias que habían concurrido á su perpetración, y en el carácter y posición de las personas que figuraban en la causa.

Eran llamados á declarar innumerables testigos, casi todos conocidos de los lectores; lord Petengui, embajador de Inglaterra; Mr. Francillon, Mr. Clemenceau, los doctores Carducci y Ladevesse, Mad. Trousseau, modista; monsieur Petrolani, joyero, y además, los lacayos de Mr. Perinet y mister Larreman, los criados de la casa de campo, que fueron despedidos el día de la comisión del delito, y otras personas; pero sobre todo, había gran interés en ver á la famosa *diva* después del funesto incidente, en oír sus declaraciones y en presenciar los episodios de la vista, que prometían ser curiosísimos.

En Francia, como en España, deben esta clase de vistas celebrarse á puerta cerrada, porque casi siempre son vergonzosos los detalles.

Pero se pusieron en juego tales influencias por parte de la gente aristocrática, que el Presidente del Tribunal se vió precisado á dar entrada en la Sala á algunas personas de posición, si bien lo hizo con la consiguiente reserva, y por sitio poco visible para la muchedumbre que se agolpaba en la puerta principal del Palacio de Justicia.

La defensa de los procesados estaba encomendada á los abogados más famosos de París: Mr. Perinet era patrocinado por Mr. Vernier, uno de los padrinos del duelo entre aquél y Alberto Ugolini, cuyo nombre recordará el lector.

Las puertas del local estaban invadidas materialmente por un público de todas las clases sociales, predominando el elemento *dilettanti*, afanoso de ver desfilar á los procesados, ó más bien, de satisfacer su curiosidad con la contemplación por breves instantes de la célebre *prima donna*, cuya deshonra había sido por algún tiempo el asunto de todas las conversaciones, desde el círculo

aristocrático, hasta los más apartados boulevares de París.

Porque no había una sola persona que dejara de creer que Mr. Perinet había consumado el atropello, aunque el representante de la ley le calificase como delito de intento de violación.

Tan sabrosos fueron los detalles del acto, tan interesantes los episodios, que á trueque de pecar de minucioso, haré la narración.

En el lugar destinado á los reos, estaban los de esta causa. Mr. Perinet vestía irreprochablemente de negro, como así mismo mister Larreman.

El aspecto de ambos era altanero, y con sus miradas de soberbia hubieran querido confundir á los curiosos, que fijaban en ellos con insistencia su atención.

Cerca de ellos, Juana Plantin y Julia Mesnier, medianamente vestidas, permanecían indiferentes, como si fuesen meras espectadoras del acto.

Sin duda no les impresionaba gran cosa andar en manos de la justicia.

Correctos y estirados, como convenia á la solemnidad del acto, ocupaban su puesto los abogados defensores.

Mr. Calventi, representante de la Ley, con sus gafas de oro, su respetable calva y su perilla mefistofélica, hojeaba pausadamente su mamotreto de apun-taciones, consultando de paso los artículos del Código y tomando la oportuna nota.

Los señores del Tribunal se disponían á escuchar impasibles la extensa lectura del apuntamiento, y alguno de ellos comenzaba ya á sentir la soporífera influencia de Morfeo; porque en Francia también se duermen los magistrados.

Terminada la lectura de apuntamiento, que duró largamente una hora, el Presidente del Tribunal preguntó á los reos si se conformaban con la petición fiscal, y como contestasen negativamente, dió comienzo el interrogatorio.

Habló primero Mr. Perinet, con frase enérgica y estudiada resolución, dando á su relato los mayores visos de verdad

que había podido aconsejarle Mr. Vernier.

—Protesto, señor, — dijo el reo, — de las acusaciones calumniosas que se me dirigen, pues soy inocente de los hechos criminales que se me imputan.

—Haced la narración de ellos, — objetó el Presidente, — en la forma que tenéis declarada, ó como mejor convenga á vuestro derecho.

—Había adquirido la casa de campo del camino de Fontaineblau, para vivir en ella algunas temporadas, y reponer mi salud, que no es muy buena. Busqué para que cuidaran de la hacienda; á Juana Plantin, que me era conocida, y á Julia Mesnier, con quien me ligaban antiguos vínculos amorosos; personas que creía y sigo creyendo honradas. No estuve en la casa más que una vez, para dar posesión de ella á las dos señoras. Por lo demás, soy extraño completamente á los hechos que se suponen ocurridos á Mlle. Argenti, de los que tuve conocimiento por mi amigo mister Larreman, el cual me manifestó que

Mlle. Argenti había sido acometida en la casa de campo por un gravísimo accidente, suplicándome que permitiera, en gracia á la delicadeza de su estado, que continuase en mi casa, á lo que accedí con toda complacencia. Es todo lo que tengo que manifestar al Tribunal. No estaba mal hurtida la declaración; pero veamos el interrogatorio:

Presidente.—¿Niega el procesado que estuviese oculto en la casa cuando llegó Mlle. Argenti?

Procesado.—Sí señor; no es cierto.

Presidente.—¿Negáis así mismo haber estado de acuerdo con los demás procesado para perpetrar el delito?

Procesado.—Es igualmente falso.

Presidente.—¿Cómo, pues, explicáis vos la presencia de Mlle. Argenti en la casa de campo?

Procesado.—Creo que eran antiguos conocidos Juana Plantin y mister Larreman. Este señor explicará ese extremo.

Presidente.—¿Es cierto que disteis el día del delito cinco mil francos á las

procesadas por su cooperación en el mismo?

Procesado.—Es falso.

Presidente.—¿Es asimismo cierto que entregásteis una fuerte suma á mister Larreman por su complicidad en el crimen?

Procesado.—Es igualmente falso.

Presidente.—¿No referisteis á monsieur Francillon la tarde del delito todas las circunstancias del mismo?

Procesado.—No, señor; Mr. Francillon es un impostor que me calumnia.

Presidente.—¿Estábais enamorado de Mlle. Argenti, y ella os despreciaba?

Procesado.—Mal pudo despreciarme, porque jamás me permití solicitarla.

Presidente.—Debo advertiros que Julia Mesnier y Juana Plantin os han acusado en sus primeras declaraciones.

Procesado.—Declararían con manifiesta mala fe, ó sobornadas por alguna persona que se interesa en contra mía en esta causa. Creo que ahora declararán la verdad.

Como se ve, la sangre fría y el civis-

mo eran las notas culminantes del carácter de Mr. Perinet; sólo un gran observador hubiera podido apreciar cierta turbación, hábilmente disimulada, al contestar varias preguntas de la Presidencia.

Si las pruebas que se iban á practicar no evidenciaban los hechos, fácil era encerrar el crimen entre las sombras del misterio.

VII.

Terminado el interrogatorio de monsieur Perinet, tocó su turno á mister Larreman.

Presidente. — ¿Cómo podéis explicar vuestra presencia y la de Mlle. Argenti en la casa de campo de monsieur Perinet?

Procesado.—Era buen amigo de Juana Plantin; y como solía acompañar en sus paseos matinales á Mlle. Argenti, dos ó tres veces que nos dirigimos al camino de Fontainebleau, llegamos á saludar á Juana Plantin, que nos recibía con amabilidad. La mañana en que ma-

demoiselle Argenti fué acometida del accidente, salió de casa bastante molesta, y durante nuestro paseo estuvo disgustada y presa de un gran abatimiento; nos dirigíamos por el camino de Fontainebleau, cuando al llegar cerca de la casa de campo de Mad. Plantin, se sintió peor, siendo necesario hacer allí un poco de descanso. Subimos al primer piso de la casa, y nos acomodaron en un gabinete, donde se agravó Malle. Argenti, hasta tal punto, que Julieta tuvo que hacerle un tónico, en tanto que yo mandaba llamar al doctor Carducci con mi lacayo. Mlle. Argenti fué acometida de un accidente gravísimo; cuando llegó el doctor, hallóla en peligro, y no creyendo prudente trasladarla á nuestro domicilio de la calle de Richelieu, fué preciso acomodarla en la casa de campo, con el beneplácito de Mr. Perinet. Es todo lo que puedo manifestar.

Presidente. —¿No estábais en connivencia con monsieur Perinet para preparar aquella emboscada á Mlle. Argenti?

Procesado.—Es inexacto; eso es una miserable calumnia.

Presidente.—¿No recordáis haber referido al doctor Carducci que Mr. Perinet había sorprendido á Mlle. Argenti, y que vos mismo habíais sido engañado por él?

Procesado.—No es cierto. Si el doctor Carducci afirma esto, falta á la verdad.

Presidente.—¿Es cierto que encargásteis á la doncella de Mlle. Argenti, que había acudido para asistirle, que no permitiese que el doctor Carducci penetrase en el dormitorio de la enferma, en tanto que él no estuviese presente?

Procesado.—No es cierto.

Presidente.—¿Recibísteis de Mr. Perinet algún dinero por vuestra complicidad en el delito?

Procesado.—Como no ha existido tal complicidad, claro es que no puedo haber recibido cantidad alguna de monsieur Perinet.

Hasta aquí el interrogatorio de los dos procesados.

En cuanto al de las dos mujeres, poco tuvo de particular.

Se limitaron á negarlo todo, y no fué posible hallarlas en una contradicción.

Marchaban perfectamente de acuerdo con los otros procesados.

Terminados los interrogatorios, comenzó la prueba testifical con la declaración de Teodora Argenti.

La presencia de ésta, produjo en el auditorio un murmullo de asombro.

El Presidente tuvo necesidad de imponer orden á la concurrencia.

Teodora estaba en sumo grado interesante.

Vestía de negro, haciendo este color resaltar el mate pálido de su rostro, hermosado por una aureola de rubor y de virtud que causaba admiración.

Mr. Perinet le dirigió furtivamente una mirada, encontrándola más hermosa que nunca.

Todos los ojos se fijaron alternativamente en Teodora Argenti y en monsieur Perinet.

Teodora, al ver que era objeto de las

miradas insistentes de los curiosos, sintió un ligero desmayo, siendo auxiliada por los ugieres.

El Presidente ordenó que le facilitaran un asiento.

Comenzó el interrogatorio, en cuyo momento quedó la sala en un silencio sepulcral.

Presidente.—Tened la bondad de referir al Tribunal el hecho de autos; pero se os hace presente, que no estáis obligada á declarar aquellos extremos que os parezcan inconvenientes, sino lo que consienta vuestro decoro.

Entonces Teodora, con voz trémula y acento débil, refirió los hechos que conocemos, hasta el momento en que cayó al suelo presa del accidente.

Mr. Perinet y mister Larreman la escucharon, ora altivos y soberbios, ora avergonzados y confundidos.

Las palabras de Teodora respiraban verdad, y fueron acogidas por los oyentes con muestras de aprobación.

Después de Teodora, declaró el doctor Carducci, refiriendo extensamente

cuanto le contó la mañana del delito mister Larreman.

El defensor de éste hizo algunas preguntas capciosas al doctor, que fueron contestadas discretamente; viniendo después á confirmar su declaración la doncella Marieta, con lo que resultó probada la complicidad de mister Larreman.

Declaró seguidamente Mr. Francillon, el que negó haber referido en el palco del embajador inglés los detalles del delito, según se los comunicó Mr. Perinet; pero acto seguido depusieron el embajador, Mr. Clemeceau y el doctor Ladevesse, afirmando lo contrario.

Estas valiosísimas declaraciones, unidas á las del lacayo de Mr. Perinet, que confesó haber esperado á su señor cerca de la casa de campo la mañana del hecho, hasta que le vió llegar sofocado y nervioso; las de los criados de la casa de campo, la del cochero Justino, que condujo á las dos mujeres á la calle Tiquetonne, y otra porción de declaraciones concluyentes, fueron causa bastan-

te para que el Tribunal quedara convencido de la culpabilidad de los reos.

Cinco días después, se publicó la sentencia.

Aceptando el Tribunal las conclusiones del representante de la Ley, apreciaba en el hecho las agravantes de premeditación y alevosía, y haber intentado el delito con auxilio de otras personas: por lo que, de conformidad con los artículos 331 y 333 del Código francés, se condenaba á los procesados á las penas pedidas por el representante de la ley; sin que hubieran sido bastantes para salvarlos, las brillantes defensas de Mr. Vernier y de sus sabios colegas.

La sentencia fué recibida con general aprobación.

VIII.

Las relaciones entre Teodora Argenti y Alberto Ugolini, se iban formalizando, merced á los buenos oficios del doctor Carducci, que en realidad hacía buen casamentero.

No hubo que trabajar poco para vencer á Teodora á que aceptase las pretensiones de Ugolini.

Cuando de esto se le hablaba, sentía al propio tiempo alegría y desencanto.

Alegría, no porque ella amase verdaderamente á Ugolini, sino de ver que había un hombre que la creía honrada, y no titubeaba en darla su mano, y des-

encanto, porque comprendía que su débil naturaleza no resistiría mucho tiempo los trasportes de aquella dicha, y haría desgraciado al hombre que la amase.

Así es, que más de una vez contestó á las palabras vehementes de Ugolini:

—Yo os aconsejaría que desistiéseris de vuestras pretensiones. Vais á casa-ros con una muerta.

Pero ello fué que al cabo tuvo que acceder á las insistencias de todos, y corresponder al cariño de Alberto Ugolini.

Su doncella Marieta era la única que no veía con buenos ojos aquellas relaciones; ella hubiera querido ver á su señora casada con el doctor, con aquel hombre tan bueno, tan sabio, tan rico y tan desinteresado.

Hasta se atrevió á decirselo al doctor Carducci, con aquella confianza propia del trato continuo y aun de la intimidad que entre ellos existía.

El doctor la había contestado:

—Marieta, tú eres muy buena, y me amas demasiado; pero no ves los inconvenientes de tu proposición. Primeramente, yo no tengo la pretensión de ser amado por Teodora, y aunque lo fuera, la nobleza de mi carácter no puede aconsejarme que me una á la mujer á quien consagro mi protección; se creería que ésta era interesada, y que sólo me ha movido en mis favores el bastardo propósito de obligar por este medio á Teodora á aceptar mis proposiciones. Yo te juro que sería feliz uniéndome con Teodora, pues he concluído por admirar las grandes virtudes de su alma, y de la admiración al cariño, no hay más que un paso fácil de salvar. Pero yo no debo, ni quiero, violentar los sentimientos de Teodora. Ella ama á Ugolini; fué su primer amor, y acaso mi pretensión haría infelices á dos que merecen ser dichosos. Jamás saldrá de mi corazón este secreto; mi posición será más digna y más noble si concluyo por casar á Teodora con su prometido, y demostrar á todos que, cuanto hago y he hecho

por ella, es hijo de mi bondad y de la compasión que me inspira.

Marieta no supo qué objetar á las palabras del doctor; realmente, decía mucha verdad; pero esto no era bastante para que dejara de creer que su señorita sería muy feliz casándose con él.

Tuvo, sin embargo, que resignarse, porque la resolución del doctor parecía irrevocable.

Así marchaban las cosas. Ugolini cada vez más rendido y enamorado, y el doctor dispuesto á consumir el sacrificio de sus afecciones, uniendo á aquellos en estrecho lazo.

Ugolini, pues, habló á Teodora del matrimonio seriamente, cuando apenas eran pasados tres meses, y Teodora creyó necesario acceder á aquel deseo.

¿Qué recurso le quedaba? Sola en el mundo, enferma de muerte, con escasa fortuna, pues los gastos de la dolencia habían mermado el capital de que Marieta era depositaria, el porvenir de Teodora iba á ser muy triste, si no se

unía á un hombre que fuese su amparo y la atendiese con el esmero que requería.

¿Era este hombre Ugolini? Para Teodora, no había duda alguna.

Ugolini era el único que, creyendo en su virtud, había pedido su mano. Era, pues, acreedor á que ella correspondiese á su cariño.

Había, no obstante, otro hombre altamente simpático á Teodora: el doctor Carducci.

¶ Aquella tierna solicitud con que la había asistido, aquel exceso de celo en procurar el castigo de los criminales, aquel heroísmo con que había luchado para salvar de sus garras á la pobre enferma, eran circunstancias suficientes para que ella no sólo le estuviese agradecida, sino para que le mirase con predilección; pero el doctor era para Teodora un sacerdote de la ciencia, un hombre encanecido en el trabajo, un enamorado de los problemas científicos, como ella lo estuvo del arte, que no se preocupaba gran cosa del amor de la mujer,

y que si había tratado á Teodora con tanta solicitud durante su dolencia, era movido por su celo profesional, por su decoro médico, interesado en triunfar de la muerte que había batido sus negras alas sobre la frente de la enferma.

No había por lo tanto, otro hombre digno de su amor que Alberto Ugo'ini.

Y como la urgencia de éste en realizar la boda exigía ciertos preparativos por parte de ella, un día llamó á su doncella Marieta, y la dijo resueltamente:

—Ya sabes el estado de mis relaciones con Alberto Ugolini. No diré que dejo de amarle, porque esto sería decir que le engaño abiertamente; su insistencia en solicitarme, su amor, que tengo por verdadero, me mueven á aceptarle por esposo; siento por él alguna simpatía, que seguramente se convertirá en cariño con el tiempo. Además, el doctor, que tanto me aprecia, me aconseja con insistencia esta unión, y quiero compacerlos á todos; porque supon-

go que este enlace será también de tu agrado.

La doncella titubeó un instante, sin contestar á su señora. Bajó la cabeza y se distrajo con el llavero que tenía en la mano.

—¡No sé por qué callas!,—dijo con zozobra Teodora;—cuando te pregunto, es porque deseo saber tu parecer; ¿acaso no apruebas mi elección?

—La señorita me honra, ciertamente,—contestó Marieta,—al consultarme sobre este asunto. El Sr. Ugolini es, en verdad, digno de vos; pero yo os hubiera querido ver casada con el doctor Carducci.

Al oír esta opinión de su doncella, Teodora se sonrió tristemente, y contestó:

—Tu intención es buena, hija mía, pero no puede realizarse; porque ni yo ni el doctor hemos pensado en semejante cosa.

Marieta hubiera querido decir en aquel momento á su señora cuanto sabía sobre las intenciones del doctor; pero Teo-

dora había comenzado por contestar *que ella no había pensado en semejante cosa*, y era arriesgado decir una palabra.

—¡Qué lástima!,—se dijo para sí,—¡si mi señorita amase al doctor, he aquí una pareja dichosa!

Era, pues, preciso callar, y permitir que el doctor Carducci consumase la obra.

Teodora continuó diciendo á su doncella:

—Comprenderás que hay que hacer gastos de consideración, adquirir ropas, trajes, etc., y es necesario saber el estado de mis fondos.

Aquí Marieta comenzó á perder la serenidad.

Había llegado la hora de hablar claramente, de decir á Teodora toda la verdad, de confesar que se la había estado engañando... el golpe era terrible, y Marieta no tenía valor para descorrer el velo de aquella comedia, fraguada por el doctor con pensamiento tan noble, con voluntad tan hermosa.

No había medio de decir á Teodora:

«Eres una pobre mujer, completamente arruinada; vives de la protección de un hombre honrado, y no tienes un sólo céntimo para preparar dignamente tu enlace.»

Por esto contestó á su señora:

—Aunque la enfermedad de la señora ha consumido gran parte del caudal, aún queda alguna suma, que bastará para subvenir á las más precisas atenciones.

—¿Y no puedes precisarme esa suma, sobre francos más ó menos?

—Es difícil, porque no he llevado ninguna cuenta de los gastos.

—Pero aproximadamente, aunque el error sea mucho, podrás decirme lo que resta!...

El compromiso era grande para la doncella.

¿Cómo decir á su señora cantidad fija, si esto era disponer del bolsillo del doctor Carducci?

¿Cómo calificaría éste aquel abuso de confianza?

Era necesario resistir á las preguntas

de Teodora y evadir la respuesta hasta hablar con el doctor.

Por esto contestó:

—Dispéñseme la señora, pero ni aun puedo formar un cálculo remoto. Permítame que consulte los fondos, que recuerde las cuentas, y yo le daré una liquidación satisfactoria. Si la señora tiene en mí confianza, concédame una prórroga hasta mañana.

Teodora tuvo que acceder á los deseos de su doncella, y ésta salió del gabinete más roja que una amapola, dispuesta á consultar cuanto antes al doctor Carducci.

No se hizo esperar mucho tiempo la consulta; aquella misma tarde, llegó el doctor á la casa de campo, pues iba de tres en tres días á visitar á Teodora en su convalecencia, y á enterarse por su doncella del estado económico de la casa.

Casi al mismo tiempo llegó Alberto Ugolini, que iba todas las tardes, notando los criados que su aspecto al entrar no era tan alegre ni decidido co-

mo de ordinario, y que se dirigió resueltamente á las habitaciones de Teodora.

Ya tendremos ocasión de oír su conferencia con aquélla.

Asistamos ahora á la del doctor y Marieta.

—Esperaba vuestra venida,—dijo ésta,—con verdadera ansiedad. Mi señora me ha llamado hoy para enterarse del estado de sus fondos, y no he sabido qué contestarle. Como tiene que hacer gastos de importancia para su matrimonio, me pide que le entregue las cuentas, y he sufrido lo que no es decible hasta obtener de ella que me permita presentarle mañana la liquidación. Decidme lo que debo hacer, porque nos hallamos en un verdadero conflicto.

El doctor se sonrió tranquilamente de ver el aturdimiento de Marieta, y contestó á ésta:

—No te sofoques, que todo se arreglará. ¿Cuánto crees tú que se ha gastado en la enfermedad?

Marieta sacó de su bolsillo un memorandum pequeño, y después de consultarlo, contestó:

— Vos me habéis dado en tres meses que van transcurridos, cuatro mil francos. ¿Crefais que no llevaba mis anotaciones?

— Está perfectamente. Pues si de cien mil francos en que, según me digiste, calculabas el caudal de tu señora, has gastado cuatro mil, puedes decirle mañana que quedan noventa y seis mil francos para los gastos de la boda. La cuenta no puede ser más exacta.

Marieta se quedó estupefacta al ver la tranquilidad con que el doctor Carducci ofrecía una fortuna á Teodora Argenti.

Aquello era llevar la nobleza y el desinterés hasta la exageración.

No sólo hacía Mr. Carducci el sacrificio de sus afectos, sino que ofrecía á Teodora los medios decorosos de unirse á otro hombre.

Estos rasgos de bondad no son, por desgracia, muy frecuentes.

Ahora, querido lector, penetremos en el gabinete de Teodora Argenti, donde hace un momento se encuentra Alberto Ugolini, y oigamos la conversacion.

IX.

—No ¡extrañéis, señora mía, que os hable de esta manera; lo que acaban de decirme es tan grave que, ó sois víctima de una calumnia, ó merecéis mi más profundo desprecio.

—Os ruego que uséis de mayor moderación y respeto, y que, ante todo, tratéis de explicaros, porque no comprendo nada de lo que decís.

—Me explicaré, aunque el asunto no merece muchas explicaciones. Hace media hora me encontraba en el *Diván Le Peletier*, cuando detrás de mí hablaban dos personas que pronunciaban vues-

tro nombre. Sin atreverme á mirarlas, por si, conociéndome, suspendían la conversación, escuché atentamente; los interlocutores eran Mr. Francillon y Mr. Anqueti. Al primero le conocí el día de mi desafío; el segundo me es desconocido. Ambos sujetos mezclaban en la conversación vuestro nombre con los de Mr. Perinet, mister Larreman y el doctor Carducci. Por ellos he sabido que mister Larreman vendió el hotel de la calle de Richelieu el mismo día de su prisión á lord Petengui, embajador de Inglaterra, y el mobiliario á Mr. Anqueti; que vuestro protector se apoderó de todos los fondos y alhajas que guardábais en el hotel; que vuestra doncella estuvo en la casa cuando todo estaba vendido, y se pretextó de buscar unas cartas, registró vuestro neceser, viéndole descerrajado y vacío; que esta casa de campo fué comprada por Mr. Carducci cuando la curia la vendió para atender á las responsabilidades del proceso de Mr. Perinet; y finalmente, que el doctor es el que satisface todas vuestras

atenciones desde que os ocurrió el accidente, y quien goza hoy de vuestros favores.

—¡Eso es una infame calumnia!, — dijo Teodora, indignada ante la relación de Ugolini.

—Lo propio dije yo á aquellos señores, interviniendo bruscamente en su conversación. Pero me conoció monsieur Francillon, y me contestó al punto:

—Comprendo vuestra protesta, amigo Ugolini, porque se dice por ahí que estáis enamorado de Teodora Argenti; pero andaos con pies de plomo, pues lo que habéis oído es demasiado cierto. Sin saber cómo, la noticia ha llegado hasta nosotros, pero con tales visos de veracidad, que respondería con mi cabeza de su exactitud. Creedlo, señor de Ugolini; el doctor Carducci es el amante de Teodora; él compró la casa para ella, él sufraga todos los gastos, y ejerce una absoluta potestad; si no lo habéis comprendido, es porque el amor os ciega los ojos.

Calcúlese la sorpresa que recibiría Teodora ante aquellas graves acusaciones.

Aquella calumnia, lanzada sobre ella cuatro meses antes, le hubiera llenado de cólera, y su honor ultrajado acaso hubiera puesto enérgico correctivo al calumniador; pero en las circunstancias en que se la dirigía, cuando su naturaleza débil carecía de vehemencias para protestar, y su abatido espíritu no daba albergue á la venganza, Teodora se anonadó al oír tan grosera injuria, y no tuvo alientos sino para derramar un torrente de lágrimas.

Y es que el inocente se turba y acobarda ante las acusaciones, en tanto que el criminal se ensoberbece y las rechaza con incalificable osadía.

Pero reponiéndose en breve de su congoja, contestó á Ugolini con resignación:

—Ya os he dicho que se me calumnia groseramente. De poco tiempo á esta parte, ha clavado sobre mi honor su venenoso aspid la maledicencia, y Dios

no quiere que yo tenga una hora de felicidad. Puedo juraros que soy honrada; vivo de mi pequeña fortuna, y ni el doctor, ni nadie, sufraga las atenciones de mi casa. Pero como la sola duda me ofende tan profundamente que me hace aparecer indigna á vuestros ojos, desde este momento quedáis en libertad para no volver á esta casa, en la que no seréis en adelante recibido.

Esta vez fué Ugolini el que se avergonzó de su ligereza; intenciones tuvo de creer á Teodora y pedirle perdón por su ofensa; pero era tan poco explícita y satisfactoria la excusa que se habla limitado á dar, que las dudas no llegaron á desaparecer de su pensamiento.

Creyó, pues, por entonces prudente retirarse, y saludando friamente á Teodora, abandonó la casa de campo.

Apenas quedó sola Teodora, llamó á su doncella, y le dijo:

—Acabo de tener un gravísimo disgusto con el Sr. Ugolini, y se ha deshecho el proyectado enlace; se ha permitido calumniarme torpemente, supo-

niéndome en relaciones amorosas con el doctor Carducci. Dice que esta casa es del doctor, y que él es quien satisface todos los gastos que me son precisos; lo menos que he podido hacer, es arrojarlo de mi presencia.

—Habéis hecho bien, — contestó la doncella, — y por mi parte, me alegro sobremanera de ese rompimiento.

—¡Nadie, absolutamente nadie, cree en mi inocencia!, — exclamó Teodora con desaliento. — Cuando la dicha comienza á acariciarme, cuando parece que Dios se cõmpadece de mis infortunios y me depara algunos días de felicidad, la desgracia viene á turbar mis ilusiones y á amargar los momentos de esperanza que había concebido. ¡Ya lo ves, querida Marieta, no hay para mí redención posible!

—No os aflijáis, señorita, — contestó la doncella procurando tranquilizar á Teodora; ¡quién sabe si os esperan aún muchos años de felicidad! ¿Acaso no creéis que el doctor puede haceros dichosa?

Y al hablar así, lo hizo como reconviniendo á su señora, porque recordó que ésta dijo que no había llegado á pensar en el doctor.

Pero ya sabemos cómo pensaba Teodora sobre este punto, aunque había procurado ocultarlo á su doncella.

Así que, al oír esta segunda indicación de Marieta, no pudo menos de dar rienda á sus sentimientos, excitados entonces por el rompimiento con Ugolini, y dijo mientras suspiraba tristemente:

—Querida Marieta, tú me quieres con exceso, y yo debo ser franca contigo. Yo amo al doctor con verdadero apasionamiento, casi con veneración; ha sido tan bueno, que mi alma le está profundamente agradecida; pero el doctor es indiferente á este cariño, y no ha puesto siquiera su atención en mí con este propósito.

Cuando escuchó estas palabras, Marieta se llenó de regocijo.

Pero como la felicidad hace daño recibida repentinamente, lo mismo que la desgracia, quiso dar á su señora la bue-

na noticia con estudiada prudencia, y aun dejando que ella adivinara la verdad.

—Y si yo os dijera,—contestó á Teodora,—que sois demasiado pesimista en vuestras apreciaciones?

—No te comprendo! ¿acaso supones que el doctor se ocupa de mí con ese propósito?

—¡Quién sabe!; ante todo, yo os ruego que me confeséis ingénuamente si estáis con verdad de él enamorada, si le amáis ciegamente, si con él serfais dichosa.

—Ya te he dicho que le amo con predilección.

—Pues bien, señora, no hacéis más que corresponderle.

—¿Será posible?,—exclamó llena de júbilo Teodora, mientras enjugaba con el pañuelo el llanto que se agolpaba á sus ojos.

En aquel momento, el doctor empujó la puerta del gabinete, que sólo estaba entreabierta, y penetró en el aposento, tendiendo sus brazos á Teodora con ex-

presivas muestras de emoción, y exclamando:

—Sí, Teodora, os amo ciegamente, y mi mayor felicidad es verme correspondido.

Y cayendo á sus pies de rodillas, cogió con efusión una mano de Teodora, que esta se dejó estrechar profundamente conmovida.

La cariñosa Marieta, viendo logrados sus deseos, no pudo evitar que la alegría humedeciese sus ojos.

Excuso al lector la narración de los detalles que siguieron á aquella interesante escena.

Discurra por sí mismo cuántos serían los trasportes de entusiasmo y las palabras de cariño.

La fiel doncella Marieta, usando de la gran confianza que en ella se tenía, interrumpió el diálogo amoroso, diciendo:

—Esto, esto es lo que yo quería; ahora sí que haré con gusto los preparativos de la boda. ¿No querfais saber cuánto dinero tenfamos? Pues quedan noventa y seis mil francos.

—¿Pero qué cantidad había en el neceser?!,—preguntó con extrañeza Teodora.

—Cien mil francos,—contestó la doncella.

—¡Es imposible!,—objetó Teodora,—
¡Si no tenía yo más que setenta mil!

El doctor y la doncella se miraron á un tiempo, viéndose cogidos en la mentira.

Pero el doctor se sonrió afablemente, y dijo á la doncella:

—Dícelo todo, hija mía; ya no hay obstáculo alguno en confesar la verdad.

—Pues sabed, señorita, que lo dicho por el señor Alberto Ugolini, es muy cierto.

—¿Cómo que es cierto?,—repuso sobresaltada Teodora.

—Digo que es cierto, pero en parte; mejor dicho, ya es cierto completamente.

—¡Habla, por Dios, Marieta, que no te comprendo!

—¿No os ha dicho el señor Alberto

Ugolini que estábais por completo arruinada?

—Sí.

—Pues es, por desgracia, una verdad. El Sr. de Larreman os robó villanamente el mismo día de su prisión. ¡También os ha dicho que esta casa es del doctor, y que él ha atendido á todos los gastos de vuestra enfermedad; no es así? Pues del mismo modo, es cierto. Y finalmente, el señor Ugolini ha dicho que vos y el doctor estábais en relaciones amorosas; y esto, que hace poco era falso, ahora es otra verdad evidente.

La extrañeza de Teodora fué creciendo conforme la doncella hablaba, hasta que conmovida por aquella relación, tendió los brazos al cuello del doctor Carducci, diciéndole:

—¡Qué corazón tan noble y generoso! ¡Cuánto tengo que agradeceros! No sólo ahogábais vuestros afectos, sino que ibais á mermar vuestra fortuna para verme unida á otro hombre.

Y reclinando la frente sobre el pecho

del doctor, lloró largo rato, no de tristeza, sino de alegría.

En aquellos instantes, sus almas grandes y cariñosas se confundieron en un estrecho y fraternal abrazo.

Epílogo.

Todas las novelas tienen epílogo, amigo lector, y yo también quiero ponerse-lo á la mía, no por seguir la costumbre, sino por creerlo necesario.

Precisamente los hechos que voy á referirte, como complemento de mi historia, son los más ciertos de ella.

I.

Estamos otra vez en Granada, doce años después de aquel en que dió co-

mienzo esta novela, y en plena estación primaveral.

Supongo que eres granadino, ó que has visitado á Granada en la estación de las flores.

Habrás visto qué espléndida se muestra la naturaleza en este hermoso pedazo de Andalucía, qué sol tan brillante, qué cielo tan sereno y alegre, qué abundancia de pájaros, qué exuberancia de vejetación.

Si no has tenido la dicha de verla, busca alguno de los mil libros que la ensalzan, porque han cantado sus primcres muchas generaciones de poetas.

Esta peroración, tiene por objeto hacerle comprender la razón de que visiten á Granada en todo tiempo, y principalmente en primavera, muchos extranjeros, atraídos por la fama de sus monumentos, la templanza de su clima y las bellezas de sus paisages.

Uno, pues, de estos días de primavera, ascendía por la cuesta del Chapiz un carruaje, conduciendo á tres personas

que, por sus trajes y fisonomías, revelaban ser de allende el Pirineo.

Una señora pálida y de mirada triste, un caballero de bastante edad, que lo mismo podía ser padre ó marido de la señora, y una joven de veinticinco á veintiseis años, que pudiera ser hija ó doncella de los anteriores. Mas bien podía pasar por doncella, según sus trazas y los modales respetuosos con que hablaba á sus acompañantes.

Penetró el carruaje por el camino del Sacro-monte, ruta que no debe causar extrañeza, porque frecuentemente la emprenden todos los extranjeros que á Granada visitan, afanosos de contemplar las hermosas vistas que ofrecen aquellos lugares, y de recorrer las tradicionales cuevas del monte Ilipulitano, donde, según piadosa tradición, padecieron martirio los primeros santos de Granada, y se guardan sus milagrosas cenizas.

Pero nuestros viajeros no buscaban, por lo visto, tan piadosas distracciones, porque parándose el coche, echaron pie

á tierra en la puerta de una cueva, si así puede llamarse al agujero que sirve de entrada á la mayor parte de aquellas miserables viviendas.

Un ejército de gitanos grandes y chicos rodearon á los extranjeros, pidiéndoles dinero en un francés chapurrado, que hace reir al que lo escucha, y mucho más á los mismos extranjeros, que sienten complacencia de verse festejados por aquel enjambre de harapientos gitanillos.

No faltaron gitanos jóvenes que, provistos de la indispensable vihuela, se ofrecieron á regalar los oídos de los forasteros con la ejecución de algunos aires populares, *sólo por un franco*, y algunas gitanillas agraciadas que prometieron bailar los más donosos jaleos, por otros dos francos, y aun por menos, si se les ofrecía.

Però la señora extranjera no gustaba, por lo visto, de tales divertimientos, porque prohibió que ejecutasen los gitanos las zambras que proponían; no obstante, repartió monedas á todos los

gitanos y gitanas presentes, causando verdadero asombro aquella prodigalidad, pues cada moneda era de veinte reales.

Un observador curioso, hubiera visto que la señora, al dar aquellos dineros á las gitanillas, lo hacía con emoción, y enjugando disimuladamente algunas lágrimas.

Los extranjeros se acercaron á la cueva, cuyos habitantes se alarmaron con la visita, y rogaron á estos que les permitiesen descansar unos instantes.

Los inquilinos de la humilde vivienda, que eran dos gitanos recién casados, él bastante buen mozo, y ella joven y bien parecida, se juzgaron muy honrados con ofrecer albergue á tales personajes.

Una vez sentados, la señora preguntó al matrimonio en castellano correctísimo:

—¿Hace mucho que viven ustedes en esta cueva?

—No hace más que siete meses,— contestó la gitana,—que es el tiempo

que estamos casaos. Esta cueva ha estado cerrá más de dos años; desde que murió un gitano paralítico que la habitaba, llamo el tío Calambres. El probe se murió de pena, porque la tía Mangona, su mujer, vendió á un *extrangis* una gitanilla, que era la que cudiaba al viejo. La tía Mangona murió también hace cuatro años en el Hespital.

La forastera se llevó el pañuelo á los ojos, é hizo esfuerzos grandísimos para disimular la impresión que sin duda le causaba aquella noticia.

—¿Y no se ha vuelto á tener conocimiento de la gitanilla vendida al extranjero?—volvió á preguntar la señora.

—Yo no sé una palabra de eso. Pero éste, que era pariente del tío Calambres, dice que por acá vinieron noticias hace tiempo, de que la gitanilla que se fué con el extranjero, estaba hecha una gran señora.

—Y es verdad,—añadió el gitano terciando en la conversación.—El tío Curriches, el barbero, leyó en los papeles que había cantao en el trato de un

pueblo mu revesao y que ya no me acuerdo, una gitana de Graná, que estaba ganando muchos dineros. Por aquí se dijo que era la Juanilla, la hija del tío Calambres, que se fué con un franchute. ¡Y no se crea su mercé,—añadió el gitano con cierta jactancia,—la Juanilla era prima mía; porque yo era sobrino del tío Calambres, que esté en gloria!

—¿Y la cueva, es de vosotros?—preguntó la señora.

—¡Ojalá, señorita!, es del tío Currinches, el barbero, que tiene cuatro. Nos cuesta un duro tos los meses.

Después de hablar un buen rato de cosas indiferentes, los extranjeros abandonaron la cueva, entre los cumplimientos y reverencias de los dos gitanos, que á pesar de todo, no quedaron muy satisfechos, porque los visitantes, tan pródigos con los demás, no se habían permitido hacer es un pequeño obsequio.

Al día siguiente, el camarero de una de las fondas de la capital se presentó

en la cueva, y entregó á los gitanos una escritura de venta de aquella vivienda, hecha por el tío Currinches á favor del matrimonio, unos hermosos zarcillos de oro para la gitana, y dos billetes de quinientas pesetas.

Acompañaba á todos estos obsequios una carta, que fué leída por el propio camarero, y decía solamente:

«Á Pedro Heredia, como recuerdo de la visita que ayer le hizo, le envía estos regalos su prima

JUANA.»

Los gitanos se miraron con asombro, y estuvieron largo rato con la escritura, los zarcillos y el dinero entre las manos, sin acabar de comprender aquel enigma.

—Por lo visto,—dijo el camarero á los gitanos,—la señora que manda todo esto, es prima de ustedes y les deja ese recuerdo.

—¡Eso debe ser!,—acertó á contestar el gitano. ¿Quién había de creer que una señorona tan compuesta era la mismísima hija del tío Calambres? Y digaste,

¿dónde están parando, pa ir á darles las gracias?

—Ya es imposible, porque esta mañana han salido los tres para Madrid, desde donde se dirigirán á Francia.

II.

Tres meses después, apareció en *Le Figaro*, de París, y reprodujeron todos los periódicos de Europa, la siguiente noticia, que transcribo sin poner ni quitar punto ni coma.

LA MUERTE DE UNA DIVA.

El concierto celebrado anoche en el gran Teatro de la Ópera, será de triste recordación para los amantes del arte lírico.

Una *prima donna* eminente, Teodora Argenti, que aunque retirada forzosamente de la escena, gozaba de universal reputación, fué acometida anoche al

cantar el número del programa que le correspondía, de una congestión pulmonar tan rápida en sus fatales efectos, que la enferma dejó de existir en el mismo coliseo.

Personas íntimamente relacionadas con ella nos han referido la causa del accidente, que ha sido motivado por el empeño de la misma artista en tomar parte en dicho concierto.

La comisión de damas nobles, organizadoras de la fiesta musical, habían rogado á Teodora Argenti que cantase en ella una pequeña parte, en gracia al objeto benéfico que la motivaba.

Accedió á la petición la *prima donna*, á pesar de la oposición de su esposo, el célebre doctor Carducci, que afirmaba ser peligroso para la famosa *diva* el esfuerzo de voz que tendría que hacer para cantar la *cavatina* del acto primero de *La Sonámbula*, elegida por aquélla para ejecutarla en el concierto.

Teodora Argenti padecía, con efecto, desde hace algún tiempo, una afección pulmonar, que fácilmente ponía en pe-

ligro su existencia. Contra todas las prescripciones facultativas, llevada sólo de su amor al arte que le ha proporcionado tan ruidosos triunfos, y de su ardiente caridad hacia los necesitados, en cuyo favor se organizaba el concierto, Teodora Argenti se presentó anoche en el escenario del coliseo.

Su presentación, fué saludada con una nutrida salva de aplausos y aclamaciones entusiastas por todo el público, que se juzgaba dichoso de oír nuevamente, siquiera fuese por unos cuantos minutos, á la estrella del arte musical, que aún lanzaba luminosos destellos sobre la escena.

Teodora Argenti comenzó á cantar con voz fuerte y entonación delicada aquel número musical que tantos éxitos le ha proporcionado; pero al acometer con energía las notas altas que preceden á la conclusión, la voz se apagó repentinamente en su garganta, asaltándola una fuerte congoja, acompañada de un copioso vómito de sangre.

Seguramente hubiera caído sobre el

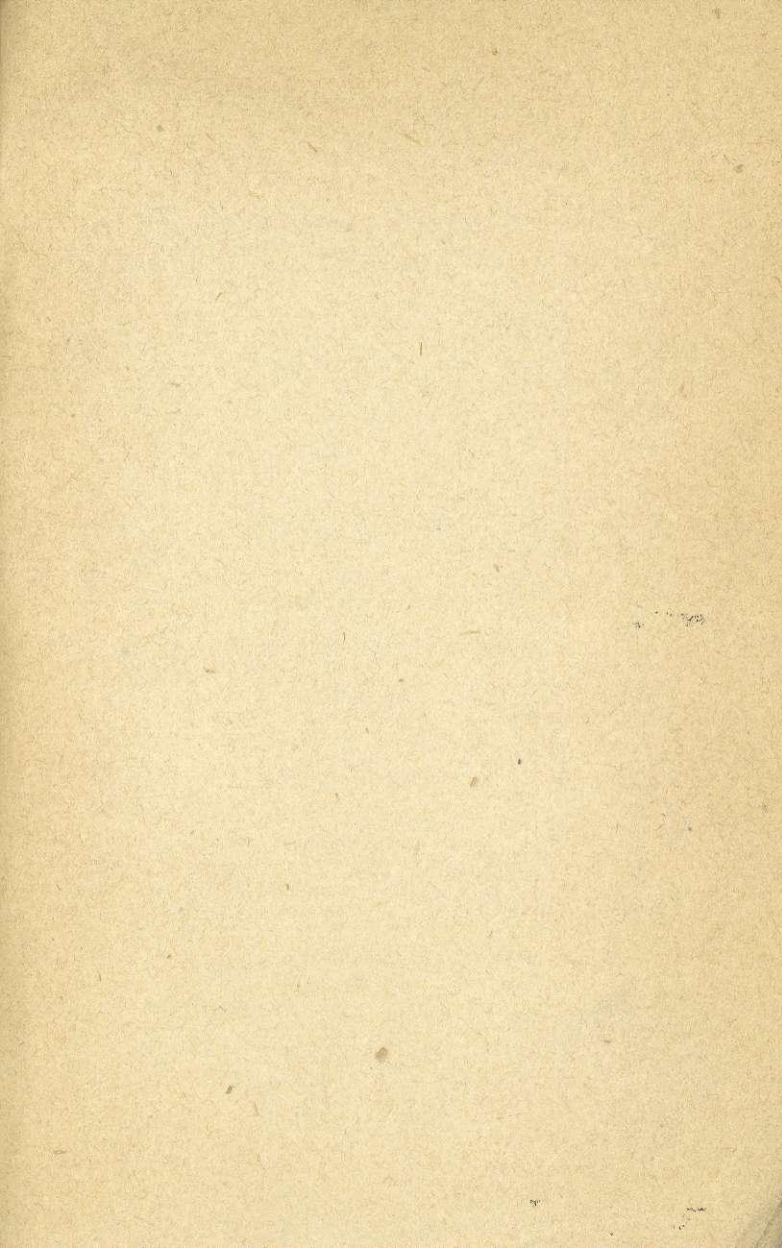
escenario, si al verla vacilar no acudiese en su auxilio el doctor Carducci, que estaba entre bastidores, el cual la recibió en sus brazos, retirándola de las tablas, auxiliado por algunas asistencias del coliseo.

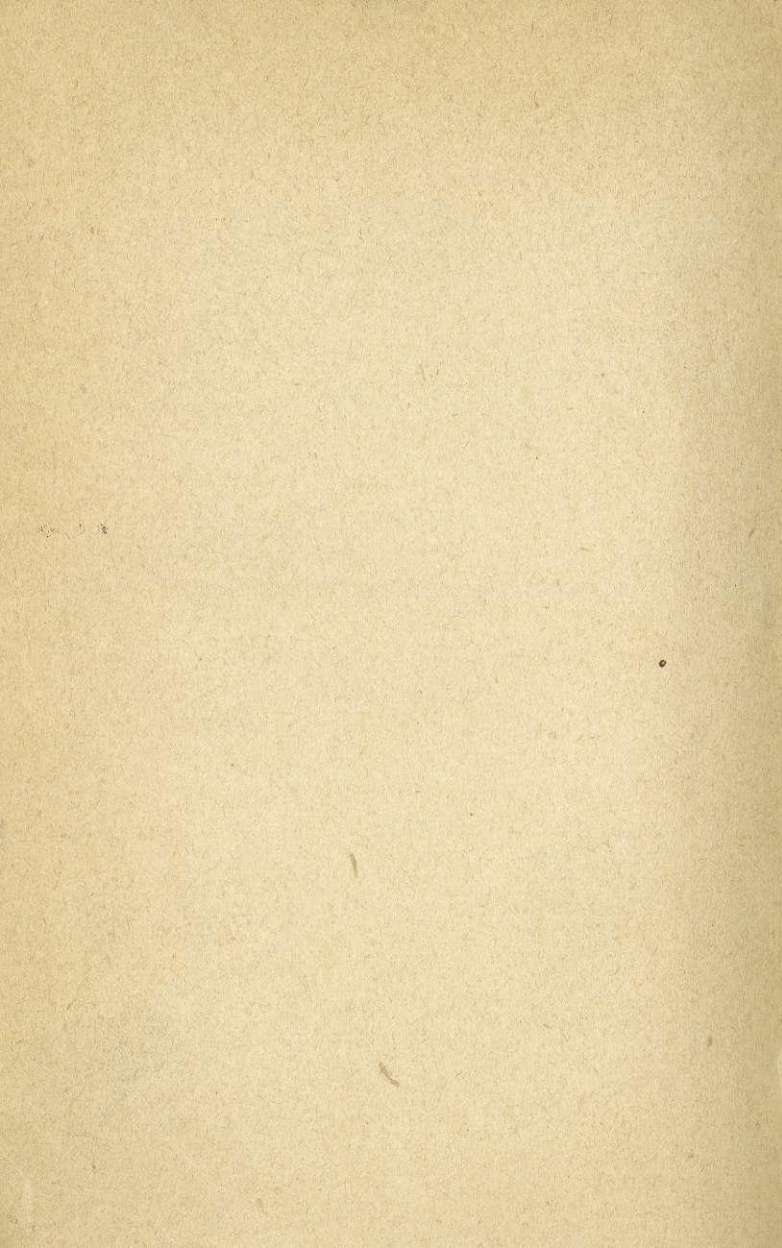
Allí mismo se le improvisó un lecho, en el que falleció á las dos de la madrugada.

El arte lírico ha perdido con Teodora Argenti una de las mejores cantantes del presente siglo.

FIN.







1843

Received of the Honble the
Governor of the Province of
New South Wales the sum of
£ 1000 000
for the purchase of
land in the County of
Newcastle
for the use of the
Government
This receipt is
not valid unless
it is countersigned
by the Secretary
of the Treasury
at Sydney
this 1st day of
January 1843

W. B. H. B.

Witness my hand and seal
at Sydney
this 1st day of
January 1843

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

HOJAS Y FLORES, poesías. Un tomo.

ANDREA, pequeña novela.

LA ALGARADA DE LUCENA, leyenda histórica.

CONCILIACIÓN, poema.

LA RECONQUISTA DE MÁLAGA, canto épico.

ROMANCERO DE GRANADA.

LOS PERITOS CALÍGRAFOS Y EL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTIQUARIOS EN LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA.

ARTISTAS GRANADINOS DE LOS SIGLOS XVI AL XIX Y OBRAS QUE DE ELLOS SE CONSERVAN EN GRANADA.

ESTUDIO BIOGRÁFICO DEL CARDENAL BELLEGA, premiado en el Certamen de Murcia en 1891.

SILUETAS GRANADINAS, (en publicación.)

EN PREPARACIÓN.

EL BESO DE LA DEVOTA, novela.

RIMAS Y CANTARES.

BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS, desde la época de los Reyes Católicos hasta nuestros días.